

PQ
7820
P38
D47
1994
Main

EDMUNDO PAZ SOLDAN

UNIVERSITY OF ARIZONA



39001034462948

DESAPARICIONES



Ediciones
Centro Simón I. Patiño

Edmundo Paz Soldán

DESAPARICIONES

Edición Legal N° 2.1.81.94
Resolución ministerial del 2000
Frente Civil Democrático
La Estrella Estrella
Editorial: Centro Pedagógico
y Cultural "Simón Bolívar"
Impreso en COLOMBIA RODRIGUEZ
Tel. 38515 - Calle Ayacucho N° 6-733
Cali - Colombia

DESAPARICIONES

Depósito Legal N° 2-1-91-94

Derechos reservados del autor

Portada: Oleo "Domesticación"

De Efraín Ortuño

Ediciones: Centro Pedagógico
y Cultural "Simón I. Patiño"

Impreso en COLORGRAF RODRIGUEZ

Telf. 28515 - Calle Ayopaya N° O-730

Cochabamba - Bolivia

Edmundo Paz Soldán

PQ

7820

P38

D47

1994

DESAPARICIONES

a Juan Claudio Lechín, por los
café y los otros momentos de
su memoria que se reúnen por él
que vendrá

Edmundo Paz Soldán



Digitized by the Internet Archive
in 2024

*It is impossible to say just what I mean!
But as if a magic lantern threw the nerves in
patterns on a screen:
Would it have been worth while
If one, settling a pillow or throwing off a
shawl,
And turning toward the window, should say:
 "That is not it at all,
 That is not what I meant at all."*

T.S. Eliot, *The Love Song of J. Alfred Prufrock*

INDICE

	Pag.
I	
Días de lluvia	7
En el cementerio	11
La invitación	15
The Masks of Nothingness	17
Primer amor	21
Lena	23
Historias nocturnas	28
Sorpresas en la noche	33
Lugares comunes	35
Mi esposa y yo	39
El aprendiz de mago	41
Aniversario	43
En el parque de diversiones	45
Una pareja	47
Fotografías	49
A siete minutos del colapso	53
Esquinas	55
Escritura en la pared	57
Rumbo a Las Piedras	61
En Durant y Telegraph	65
En la torre de control	69
La Frontera	71
En la noche de San Juan	73
Aprendizaje	75
Juegos	77
Leyenda de Wei Li y el palacio del emperador	79

	Pag.
Imágenes del incendio	81
Los premios en Noguera del Campo	85
La ciudad de los mapas	89
Cuento con dictador y tarjetas	93

II

El soneto en la era de la reproducción mecánica	97
La Odisea	101
Fábula de la ciudad blanca y los graffiti	107
Los siete gatos grises	111
En memoria de Iván Zaldívar	115
Penélope	121
Viaje a Oxford	129
La entrevista	137
Biografías	143

I

DIAS DE LLUVIA

Obedeciendo al llamado de su esposa, Marcelo se dirigió a la mesa. El almuerzo acababa de ser servido y ya toda la familia, reunida para celebrar la llegada de unos parientes de México, se hallaba en el comedor, esperándolo. Sentado, Marcelo contempló a través de la ventana empañada los borrosos árboles en el jardín y el sigiloso deslizarse de la lluvia. Algo sucedería, pensó.

Fue al final del Padrenuestro, cuando su madre comenzaba una plegaria de agradecimiento al Señor, que Marcelo se levantó de improviso de la mesa y salió corriendo al jardín. Se dirigió primero hacia los dos frondosos pinos y luego a la piscina vacía y luego retornó hacia los pinos. Sí, pensó, las imágenes de la lluvia y los árboles y la piscina vacía y la hojarasca del jardín eran un excelente inicio para un cuento; sólo era necesario apoderarse de ellas por completo y encontrar las palabras exactas para transfigurarlas en literatura. De pronto, se detuvo: la primera frase había emergido a la superficie. Con lentitud, pronunció: *Los días de lluvia le producían a Mauricio una inevitable sensación de extravío, de desencuentro con el mundo. Se hallaba al borde de la piscina vacía en casa*

de Silvana, quien, era seguro, miraba desde alguna de las ventanas del segundo piso, con asombro, su imperturbabilidad ante el incesante caer de la lluvia en su rostro y en su cuerpo. Serena sensación de extravío, murmuró Mauricio.

Después de unos cinco minutos Marcelo retornó hacia la casa. Se hallaba radiante; su instinto no lo había traicionado. Trataría de desarrollar la idea inicial en los próximos días; no sabía con certeza qué era lo que quería expresar ni qué encontraría en su búsqueda, pero eso no le interesaba por ahora. Todo vendría paso a paso.

Su esposa lo esperaba en la puerta con una toalla en la mano. Estás empapado, sécate, dijo ella alcanzándole la toalla. Gracias, dijo él, mirando con fijeza a sus ojos color de barro. Andrea. Se habían casado hace tres meses y él aún se preguntaba porqué lo había hecho. Quizás por gestos como éste, se dijo.

—¿Qué te pasa?—preguntó ella con un tono de molestia—; ¿estás bien?

—Nada. Estoy bien. En realidad, muy bien.

—¿Cómo se te ocurre abandonar la mesa en plena acción de gracias?

—Tenía que hacerlo. No había otra.

—¿No podías esperar un rato?

—No. No tenía alternativa.

—A veces me asustas, Marcelo.

—Asustar... eso es—dijo él, terminando de secarse el rostro y volviendo a mirarla con fi-jeza; después de un momento de silencio, pronunció—: *Serena sensación de extravío, murmuró Mauricio. A veces, como ahora, esa sensación lo asustaba y en respuesta pensa-ba que quizás era necesario de una buena vez por todas cometer el acto que lo liberaría para siempre. Sí, quizás ya era tiempo. Pero, y eso lo sabía muy bien, antes de cometer ese acto debería cometer otro acto, porque el saber que después de él existiría la posibilidad de que Silvana pudiera ser tocada por otro hombre le resultaba sencillamente intolerable.*

EN EL CEMENTERIO

Todos los días, al ir a la universidad por Oakwood Road, atravieso una manzana en que se halla el cementerio de Huntsville. Huntsville es una más de esas ciudades norteamericanas sin sitio especial, remoto para su cementerio, está ahí al lado de alguna ruta concurrida, a cincuenta metros de algún McDonald's, a treinta metros de Kentucky Chicken. Al comienzo, es obvio, existe la sorpresa, el cementerio improvisa su presencia con talento, perturba con su materialización; sin embargo, poco a poco, la costumbre retoma las riendas y ya está, no existe más la perturbación, el cementerio es una parte más del paisaje, ya no la *parte*, y ya no es necesario conminar la radio al silencio, desviar el monólogo interior hacia el descanso eterno de las almas, pobres de ellas, pobres de nosotros.

Pero hoy por la mañana, cediendo a uno de esos impulsos a los cuales es fácil hacer caso porque en ellos no se juega ni la fidelidad a un gran amor ni el destrozo de la paz interior, me detuve e ingresé al cementerio. Un año y nueve meses después de haberlo cruzado día tras día, ahí estaba, caminando a la deriva por senderos de losetas cuya per-

fecta geometría invitaba al sosiego y al aburrimiento. El pasto estaba recién cortado y su verde vehemente rodeaba las tumbas alineadas con excesivo orden. En la mañana de sol ardiente y caprichosas nubes apuradas, me hallaba solo entre esos pétreos rectángulos adornados por diversas especies de flores. Solo, o al menos eso creía.

Y, de pronto, me di cuenta que no sabía que debía exactamente pensar uno en un cementerio, aunque intuía que el tema debía visitar la trascendencia. ¿Acerca de la muerte? Tan lugar común, tan elemental como pensar en ella en el transcurso de un viaje en avión. ¿O debía uno ahí, tan cerca del polvo y los gusanos, reafirmar con orgullo la fe en la vida, la inmensidad de saberse todavía con aliento, todavía frágil carne y huesos frágiles? Pero ésa también era una asociación fácil, una antítesis demasiado obvia, ya un lugar común más: imposible no pensar en la vida en un cementerio. ¿Y qué de una digresión salida de la nada, un tema inesperado, una intrascendencia? No, imposible; las digresiones no eran más que vanas consolaciones: la originalidad había sido desterrada por completo. Y no pude evitar un estremecimiento al descubrir que estaba viviendo en la era del lugar común, y que incluso ese impulso, esa sorpresiva visita al cementerio, era un lugar común, un fragmento del omniabarcador cliché en que se había converti-

do la vida. Fue entonces que percibí que no me hallaba solo.

El viejo se hallaba a mi izquierda, en uno de los rincones más alejados del cementerio; sentado sobre una tumba, me daba el rostro pero no me estaba mirando. Decidí, cediendo a un impulso más, acercarme a él. A medida que lo hacía fui descubriendo un raído pantalón café, una raída camisa blanca, un rostro estragado, sin afeitar, una calvicie casi total. Cuando me detuve, a dos pasos de él, descubrí que lagrimeaba.

—Lo siento—dije—. Lo siento mucho.

El demoró en quebrar su silencio, pero lo hizo; sin mirarme, dijo:

—No me diga a mí que lo siente. Yo no soy la persona indicada. Ella no era nada mío... ni siquiera la conocía de vista.

—Perdón. Creí que...

—Me acerqué aquí por los crisantemos. Pude haberme acercado a cualquiera, pero siempre me han fascinado los crisantemos.

Las lágrimas seguían discurriendo por sus mejillas.

—Me imagino en qué está pensando—dijo.

—No pienso en nada en especial.

—De todos modos, no es tan raro como parece. Ella murió. ¿Se da cuenta de lo que eso significa? Y no llegué a conocerla. Ni siquiera de vista. No supe cómo era ella, no supe de sus amores, de sus triunfos, de sus fracasos, de sus ilusiones. Qué ropa usaba,

qué color prefería, cuál era el tono de su voz, qué pesadillas la rondaban en las noches, en qué trabajaba, de que momentos de su niñez se acordaba, si le gustaban los crisantemos, si iba al cine, si se sentía sola o no, si era feliz, qué pasatiempos tenía, cómo se veía de vieja, si creía en Dios. No supe nada.

—Nada...

—Nada de nada.

Ahora él, desolado, me miraba.

—A mí también me gustan los crisantemos—dije.

—Ni siquiera de vista. Ni siquiera eso.

—Usted no tuvo la culpa.

—Nada—movía lentamente la cabeza—. Nada de nada.

—Bueno... creo que...

—A usted por lo menos lo conozco de vista ahora. De usted no podré decir que no lo conocía de vista cuando venga algún día a visitarlo y me preocupe de que hayan crisantemos al lado suyo. Con usted tengo tiempo de crear una amistad; pero, ¿con ella? ¿Con ella?

Lo miré por un largo rato, escruté su rostro con calma porque era, lo intuía, la última vez. Luego, sin despedirme, me di la vuelta y me alejé.

Esa noche soñé que me ahogaba en un mar de crisantemos. Y pensé que, fuera o no la vida original, ese sueño, al menos, era digno de ser soñado.

LA INVITACION

Dos mil cuatrocientos treinta y seis personas han sido invitadas a una más de las extravagantes fiestas de Pedro Ledgard. Esta parece no tener tema: no es de gala, no es de disfraces, nada la rige. Sin embargo, algo le presta peculiaridad: las invitaciones, en vez de indicar la dirección, han venido con un mapa de la ciudad en que se halla marcado, con una cruz roja, el lugar del suceso. Pero no es fácil llegar. En una ciudad como ésta uno no puede fiarse mucho de la cartografía: hay regiones enteras aún inexploradas, calles y plazuelas aún sin nombre, barrios que trastocan su fisonomía de la noche a la mañana, pasajes y callejones sin salida aún no visitados por persona alguna.

La noche de la fiesta el ajetreo cabalga en las calles. Mujeres de vestidos rutilantes ingresan a bares con el mapa en la mano y procuran elucidar el problema con fútiles inquisiciones a borrachos lascivos. Grupos de hombres vestidos con elegancia recorren las avenidas cantando, eufóricos. Parejas alegres detienen a policías en sus rondas y los envuelven de preguntas. Sin embargo, hacia las doce nadie ha dado todavía con el lugar de la fiesta y muchos desisten y retornan a casa,

hay la esperanza de encontrar en la televisión una película para salvar la noche.

A las tres de la mañana perseveran en la empresa menos de doscientos invitados. La mayoría de ellos se revuelve de furia; unos cuantos bailan en las calles, cantan y se emborrachan con ardor, hacen el amor en los bancos de las plazuelas, persisten en la felicidad.

A las seis de la mañana se encuentran en la calle veintinueve invitados. Ya sabían de las fascinantes fiestas de Pedro Ledgard, pero ésta, dicen, ha sido la mejor: no han hallado el lugar marcado en el mapa pero han hallado la fiesta. Volverán a sus casas con el regocijo en el rostro, a perderse extenuados en sus respectivos sueños, sin haber logrado ver a Ledgard pero admirando su genio y agradecidos por haberles salvado del olvido una más de sus noches, por haberles permitido descubrir la fiesta de las fiestas.

THE MASKS OF NOTHINGNESS

a Roberto Laserna, por el final

Apenas terminé de traducir el primer párrafo de "The Masks of Nothingness", por encargo de Sudamericana, sentí que había escrito algo ya conocido por mí. No pude continuar con el segundo párrafo: la sensación no me abandonaba. Salí del estudio y me fui a caminar por el parque, a extraviarme en mis divagaciones. Lo hice muy bien: cuarenta y cinco minutos después arribó la respuesta: el primer párrafo de la novela, en inglés, era el mismo que iniciaba, en castellano, una novela mía escrita doce años atrás, cuando aún respiraba en mí el sueño de convertirme en escritor, cuando aún no había conocido la periferia que acoge a todo traductor. Volví a casa, hurgué entre papeles, desempolvé mi manuscrito; jamás había intentado publicarlo: no me parecía malo pero tampoco era una obra maestra. ¿Para qué, había pensado en ese entonces, añadir mediocridad a un mundo que se las arreglaba muy bien para ello sin mi ayuda?

Yendo de la novela al manuscrito y retornando a la novela, terminé de leer ambas obras en cuatro horas mientras progresaban a la vez la impotencia y la certeza de haber superado los límites que creí tenía en mí la

sorpresa. Ambas novelas eran la misma novela en castellano e inglés, exactamente la misma salvo por obvias diferencias de sentido debidas a las peculiares propiedades de ambos idiomas. Se lo conté a Claudia; lo único que hice fue sumarla a la perplejidad.

Al día siguiente pregunté en la editorial por datos del autor. Se llamaba Stephen Prince y era la última revelación de la literatura norteamericana, vivía en New Orleans y ésta era su primera novela, elegida por el New York Times como una de las quince mejores obras publicadas en 1988. ¿Qué hacer? ¿Acusarlo de plagio? Imposible: él no había podido leer mi novela. Decidí ir a New Orleans a conocerlo, a enfrentarlo, a añadir más personas a mi perplejidad.

Viajé ese mismo fin de semana; arribé a New Orleans el lunes al mediodía. Bajo un sol violento, le indiqué la dirección a un taxista que me recordó a una demacrada versión de Clint Eastwood. En el camino, mientras la radio dejaba escapar la voz envolvente de Ella Fitzgerald, pensaba en qué diría y en cómo lo diría. Aún no había encontrado las palabras adecuadas cuando el taxista me dijo que habíamos llegado. Pagué y descendí con mi único equipaje, un pequeño bolsón de mano.

Toqué el timbre. Menos de un minuto después me abrió una mujer. Era Claudia, era mi esposa, era ella.

—Claudia...—dije, en un balbuceo.

Ella, era evidente, no me conocía. Me preguntó qué o a quién buscaba. Repuesto de la sorpresa, pensando que todo se debía a una travesura de mi imaginación, le dije que era el traductor al español de la novela de Stephen Prince, y que quería hablar con él acerca de algunos problemas que había encontrado en la traducción. Me hizo pasar, aliviada al enterarse de que yo no era un periodista más, y me condujo al living; me pidió que esperara un momento, que lo iría a llamar.

Por las amplias ventanas del living vi a dos niños jugando en el jardín. Eran mis hijos. Rosario se balanceaba en el columpio impulsada por Martín. El me miró, agitó la mano en un saludo espontáneo, y retornó al juego con su hermana. Permanecí inmóvil, mordiéndome el labio inferior, incapaz de apartar de ellos mi mirada.

Cuando escuché pasos en la escalera, pasos muy conocidos por mí, sentí miedo, miedo de enfrentarme a él, y huí de la casa. Esa tarde partí de New Orleans.

No he vuelto a abrir un libro.

PRIMER AMOR

Aunque procuramos, con cierta dosis de instintiva sabiduría, evitar que el tema comparezca en nuestras charlas, sea aludido de algún modo o reverbere entre líneas, es indudable que está presente en cada uno de nuestros actos, invade el ambiente y corrompe nuestros encuentros: ella y yo estamos envejeciendo de una manera cruel y violenta.

Nosotros, es cierto, ya no nos amamos: ella fue mi primer amor, yo fui el suyo, pero eso sucedió hace ocho años y no duró más de ocho meses. Sin embargo, nuestros alucinados temperamentos de entonces ya sabían, también acaso gracias a una instintiva sabiduría, que como el primer amor no habría otro, que esa mezcla de inocencia y pureza de sentimientos y descubrimiento de la maravilla jamás retornaría, y decidimos homenajearlo, con la promesa de encontrarnos, pasara lo que pasara, cada primero de agosto, día de nuestro aniversario.

Jamás hemos faltado a nuestra promesa, pero estamos envejeciendo. Ambos ya tenemos un cortejo de desilusiones para sacar a colación, un interminable repertorio de fracasos que entremezclan, de cuando en cuan-

do, algún recuerdo digno de gloria. Ambos hemos seguido rumbos diferentes y nos hemos casado con las personas equivocadas, como suele suceder. Disponemos de mundos ordenados, poseemos trabajos estables, nos civilizamos más y más día tras día: estamos envejeciendo. Hace ocho años nuestra gran proeza era, en la penumbra que desvanecía contornos en un cine o en la puerta de su casa, el encuentro fugaz de los labios. Hace tres años la toqué por primera vez. Ayer, sin necesidad de burdas excusas ni justificaciones injustificadas, sin amor y casi sin palabras, nos entregamos, jubilosos, a los delirantes excesos del sexo.

¿Qué perversiones nos deparará el futuro? ¿Qué mentiras fraguaremos para nuestras parejas, de qué otras formas iremos descubriendo el paso de los años? O, también: ¿de qué otras formas podremos subvertir el tedio de nuestras vidas, la implacable rutina? Porque en el fondo, creo, para ella y para mí no es más que eso: conducidos con violencia hacia la muerte, nos aferramos a la coartada del primer amor para, al menos, redimirnos una vez al año, cada primero de agosto, en una ordenada cita con el desorden.

LENA

a R.

Esta es una de las escasas noches de mi vida que desafiará el olvido. Lena y yo hemos ido a cenar festejando nuestro primer año juntos, y después del brindis con vino blanco y los tres deseos de rigor y mis planes en voz alta para ella y para mí, decidimos venir a esta discoteca, el lugar de nuestro primer encuentro, el origen de la cartografía de nuestro amor.

Lena se halla frenética esta noche y lo único que quiere es bailar. Frenética y hermosa: en la pista, entre fragmentos de sombra y de luz, escudada por el humo que se desprende desde el cielorraso, el movimiento de su cuerpo me sume en la perplejidad, me hace olvidar el derredor: el vestido negro que termina donde se inician los muslos ciñe los senos y la cintura con atroz sabiduría, exhibe la sinuosidad de los contornos con descarada lucidez; las piernas largas y oscilantes sin cesar, de músculos tensos, son una afrenta a mi cordura; está descalza, una pañoleta roja atada a su tobillo derecho; en su muñeca derecha tintinean dos pulseras de plata, en la izquierda se encuentra el reloj cruzado por franjas blancas y negras que le regalé en su cumpleaños; cuando acerco mi

rostro a su cuello puedo percibir en él, producto del esfuerzo, las venas hinchidas; la exuberante cabellera negra jamás domesticada, los pomulos salientes, la nariz recta, los ojos cafés pequeños y protegidos por pestañas inmensas, las pobladas cejas oblicuas, los gruesos labios de rojo violento inconscientes del erotismo que exhalan en su perpetuo movimiento, al abrirse para reír, al cerrarse para fabricar un mohín, al extenderse para hacer el gesto que entre todos la identifica más, todo ello me cautiva: soy, esta noche, su prisionero: soy, esta noche, suyo.

Mientras baila la contemplo y leo en el movimiento de sus brazos nuestro futuro. Cuando los extiende hacia ambos lados tratando de alejarlos lo más posible de su centro de equilibrio, descifro que nos casaremos a fin de año. Cuando los va juntando lentamente hasta que las palmas de las manos se encuentran dirigiendo hacia mí una ficticia plegaria, descubro que tendremos tres hijos, uno de ellos se llamará Sergio, el otro Jaime, la menor Estefanía. Cuando, mientras el resto de su cuerpo continúa en el frenesí, sus brazos se congelan elaborando diversas imágenes, uno hacia adelante y el otro hacia atrás, uno hacia el cielo en un ángulo de ciento veinte grados y el otro hacia tierra en línea recta, apenas la muñeca desplazando la mano de la vertical, los dos brazos cruzados delante de su rostro separando su mirada

del resto, aislándola, descifro que seremos una pareja feliz, dirigiremos nuestra relación hacia el ideal del entendimiento mutuo, del respeto, de la fidelidad, y yo finalizaré mis días un día de agosto del cual ya tengo memoria, en París bajo aguacero, y ella hará lo mismo menos de una semana después, tal como me lo había prometido. Oh, sí: en sus brazos puedo leer nuestro futuro.

Pero de improvviso, a las dos y cuarto de la mañana, como una ola ingresando en la playa y desvaneciendo las marcas dejadas en la arena por las parejas de la noche anterior, un sutil movimiento de su brazo derecho, una apenas perceptible torsión de la muñeca, esfuman los mensajes anteriores y me permiten descifrar que todo acabará esta noche. Entonces puedo comprender su frenesí como un homenaje a las últimas horas juntos, interpretar sus sonrisas y sus besos como una suprema actuación de despedida. Todo acabará esta noche: Lena se fugará de mí, y, acaso sabiéndolo, acaso sin saberlo, me lo está diciendo a través de su brazo derecho, de la apenas perceptible torsión de la muñeca.

A las tres de la mañana, en el parqueo vacío, bajo la noche asidua en constelaciones, le propongo, entre sonrisas traviesas y miradas audaces, hacer el amor sobre el capó del auto. Ella, por supuesto, acepta sin titubeos: yo sé porqué lo hace, ella no sabe que yo lo

sé. Y es tan fácil tenderla sobre el capó y recogerle el vestido hasta la cintura, y despojarla del minúsculo calzón negro y concentrar en esos instantes toda mi vida, el pasado, el presente y el futuro, los fracasos y las glorias, el esplendor y la desolación, la plenitud y el vacío. Y ella es tan dócil y tan suave y tan para mí pero no digo nada, estoy en el paroxismo del amor pero me recluyo en el silencio.

Apenas estaciono el auto en la puerta de su casa y apago el motor, ella me mira y me susurra:

—Roberto...

—No digas nada. Ya lo sé todo...—respondo, también en un susurro, mirándola.

—¿A qué te refieres?

—Sabes a qué. No te preocupes. No digas nada. No digas nada.

—Roberto, por favor... Me gustaría explicarte...

—Una explicación volvería todo esto muy convencional. No digas una palabra más. Déjame en el misterio.

—Como tú quieras.

Ella extiende su brazo derecho y me acaricia la mejilla izquierda. Luego desciende del auto sin dejar de mirarme, acaso perpleja, acaso no. Luego parto. Antes de doblar la esquina la miro por el retrovisor una vez más: ella está agitando sus brazos a manera de

despedida. En esos movimientos puedo descifrar que ésta es una de las escasas noches de mi vida que desafiará el olvido.

HISTORIAS NOCTURNAS

a Piru

La suprema originalidad de barrios periféricos como éste radica en sus constantes cortes de luz, que a veces duran diez minutos, a veces diez días, a veces diez años. Nosotros, sus habitantes, que nos hemos ido acostumbrado a ser confinados poco a poco al olvido por las autoridades departamentales y nacionales, ya no nos sorprendemos con ellos; es más, nos sorprendemos si en el decurso de dos días consecutivos ningún corte de luz viene, apremiante, autoritario, a visitarnos.

Los cortes de luz ya han sido internalizados por todos nosotros, forman parte de nuestro modo de vida, le proveen de suspenso y color a nuestras rutinarias existencias, en especial, como es obvio, durante la noche. Por ejemplo, los partidos de fulbito que se realizan en las calles de tierra del barrio, a la tenue luz de faroles de principios de siglo, no se interrumpen por un corte; los jugadores ya han desarrollado una mágica habilidad para, transformados en borrosos contornos, gambetear, pasar la pelota, cometer un foul, rematar al arco, animarse a una chilénita. Claro, a veces suceden cosas raras: un arquero es secuestrado, un delantero recibe un bala-

zo en la sien. Por suerte, la explosión demográfica nos ayuda y siempre hay suplentes prestos a saltar al campo de juego.

La vida del barrio continúa. Parejas creadas de improviso se besan en las esquinas, en los derruidos bancos de nuestra plazuela. En todas partes se forman grupos cuya principal actividad consiste en conjeturar qué novedades brindará el apagón. Guitarristas, rodeados por adolescentes de entusiasmo en desborde, cantan a las desventuras del amor y a la justicia social que brindará la inminente revolución. Hombres y mujeres esperan en fila a que una chola les lea su futuro en las estrellas. Alguien, desde un balcón, lee en voz alta a Augusto Céspedes para quien desee oírlo, o más bien simula leerlo: pese a que constantemente va tornando las páginas de un viejo libro de tapas amarillas, las habladurías mencionan que esta proeza no es más que un caso extremo de prodigiosa memoria.

A veces desgarradores gritos de mujer cruzan el aire con convincente terror: es una violación. Nosotros, luego de un merecido minuto de silencio, retornamos a nuestras actividades normales (algunos corren detrás del autor: en general es inútil). A veces se escucha con nitidez el trizarse de una ventana: es un robo. Nosotros, luego de merecidas disquisiciones acerca de a quién le habrá tocado esta vez, retornamos a nuestras activi-

dades normales. Así, la noche se dirige sin prisa hacia su fin y, con las calles todavía pletóricas de gente, la penumbra comienza a elaborarse con arte, luego el día va instalándose en nosotros, primero con timidez, luego con descaro, y las calles empiezan a vaciarse hasta que no quedan ni rescoldos de la suprema originalidad de barrios periféricos como éste.

Pero por suerte pronto llegará la nueva noche, y ahí, quién sabe.

SORPRESAS EN LA NOCHE

—Después de cuarenta y dos años de casados—dijo ella—, creo que estarás de acuerdo con la conclusión a que he llegado.

—¿Cuál?

—Que no nos conocemos nada. Que tu profundidad me es inaccesible. Que mi profundidad te es inaccesible.

—Yo no lo pondría en esas palabras.

—Jamás me hubiera imaginado que tú serías capaz de hacerme eso. Cuando anoche me enteré, no supe qué decir... y pensar que todos estos años... Claro, una al principio se dice: mientras él me sorprenda excelente, el día que se acabe su misterio y deje de sorprenderme se acabará mi amor. Pero luego una descubre que eso es retórica, porque sólo quiere un tipo de sorpresas, las agradables, las que renuevan la fe en el amor y en la vida. Y mejor, luego de un tiempo, si ya no hay más sorpresas, si se puede confinar al otro a lo previsible, si ninguno de sus actos es capaz de desestabilizar su mundo, el mundo de los dos. Por eso, cuando anoche me enteré, no supe qué decir...

—No era necesario que digas algo. No hay nada que decir. Lo hecho hecho está.

—Pero al menos aceptas una cosa: que tú tampoco me conoces nada.

—Yo no lo pondría en esos términos. Me imagino que algo te conozco: cuarenta y dos años, después de todo, no pasan en vano.

—¿Conoces mi temperamento? ¿Conoces mis reacciones? Mira mi rostro, mira fijamente mis ojos... Ahora dime: ¿qué pienso hacer? O, para ser más exactos, ¿qué es lo que he hecho ya?

—¿Qué es lo que has hecho ya?

—No tienes la más mínima idea. Mira mis ojos: ¿quién soy yo?

—Vaya pregunta...No entiendo a dónde quieres llegar.

—¿Quién eres tú? No lo sé. ¿Quién soy yo? ¿Quién soy yo?

—Tranquilízate, por favor.

—Seguro que sí. Y te voy a aclarar las cosas, porque te veo perdido. ¿No le sentiste al vino un sabor extraño, semiamargo? Ahora, la pregunta: ese sabor extraño, ¿se debe al vino mismo, o a algún agregado que yo incluí sólo en tu vaso, o a algo que incluí en la botella y que por lo tanto yo también sentí?

—No puedes estar hablando en se...

—Deberé advertirte que si no encuentras una respuesta pronto, antes de las diez, la respuesta te encontrará a tí.

El, con expresión asustada, miró su reloj: faltaban nueve minutos para las diez.

LUGARES COMUNES

Desde el momento en que descubrió que odiaba con fervor los lugares comunes, a fines de la adolescencia, Vladimir supo que haría lo posible y lo imposible por evitar incurrir en el más descaradamente tentador de ellos, el más ubicuo, el más común: casarse por amor. Es que era tan fácil, pensaba, estando enamorado, sintiéndose identificado con el otro ser, completo con su presencia e incompleto en su ausencia, en éxtasis por una mirada una caricia una frase cariñosa, caer en la trampa y dejarse llevar por utopías que hablaban de un futuro venturoso, días pletóricos de dicha armonía paz estabilidad, felicidad sin fin pasión sin fin, ausencia de discusiones conflictos peleas, comprensión respeto fidelidad sinceridad ilimitadas, para terminar con zapatos y saco negros y camisa blanca y corbata roja a las once de la mañana de un sábado en la iglesia del barrio, con la interminable parentela y los reaparecidos amigos y el cura que era el mismo de la primera comunión y el arrogante, convincente, majestuoso, firme: *sí, acepto*. Por ello, cuando Rosa, después de una intolerable relación que se había prolongado sin sentido por más de cuatro años y que se hallaba desprovista

por completo de amor, al menos por parte de él, le sugirió que ya era hora de que formalizaran sus lazos, él respondió sin dudar que sí, era una excelente idea, porque no el primer sábado del próximo mes. Y así se casó con ella.

Vivieron diecisiete años carentes de pasión y felicidad, de paz y estabilidad, de dicha y armonía, de comprensión y respeto, de fidelidad y sinceridad. Diecisiete años de discusiones y peleas que terminaban con insultos e histéricas frases que prometían asesinato, envenenamiento, estrangulamiento, despedazamiento y diversas otras formas de exterminio. Los hijos, que vinieron, contribuyeron sin cesar al desasosiego conyugal. Los amantes, que también vinieron, proveyeron a la vez desahogo y nuevas oportunidades para las injurias y las mentiras. Y Vladimir, disquisición tras disquisición, año tras año, se sintió reconfortado de haber elegido la realidad de la vida desde el principio, de no haberse dejado tentar por utopías baratas, de no haber quebrado en ningún instante su pacto de sinceridad con el mundo.

Pero después de diecisiete años de casados, una mañana, apenas despierto, Vladimir descubrió que se había enamorado de Rosa. Sí, lo confirmó en las semanas siguientes, se había enamorado con locura, sólo ella le importaba, sólo ella existía en su pensamiento y en su imaginación, ella y ella y na-

da más que ella. Y eso era un atentado a su integridad: después de muchos rodeos los lugares comunes habían dado con él, lo tenían atrapado. Porque, pensó, uno de los lugares comunes más firmemente establecidos en su sociedad era la idea de que con amor todo era posible. Las conclusiones que se desprendían de dicha idea decían que era fácil convivir con una persona cuando uno estaba enamorado de ella, era fácil sortear las crisis cuando existía verdadero amor, era fácil disfrutar de la vida cuando uno estaba enamorado.

Por ello, debió dejarla.

MI ESPOSA Y YO

Son las once y media de la noche del viernes y a esta hora, como todos los viernes, mi esposa está haciendo el amor con un desconocido. Lo sé porque, una vez más, a las siete comenzó a cambiarse, se puso la ínfima ropa interior Calvin Klein que sólo utiliza en ocasiones especiales, el escotado vestido rojo, los zapatos rojos de taco alto y perfume en exceso. Media hora después vinieron a recogerla sus amigas en un BMW deportivo, ya borrachas, ya estridentes, y ella se despidió de los chicos y de mí con ligereza y prometió volver temprano.

Me quedé con los chicos viendo televisión hasta las diez, luego los acosté y me puse a imaginar dónde y qué estaría haciendo ella. Estaría en alguna whiskería sentada con una copa de vino blanco en la mano, la mirada agresiva, los labios recorridos con malicia por su lengua y las piernas cruzadas derrochando provocación. Los minutos pasarían y no faltaría alguien. No faltaría. Luego, acaso en el auto, o en una pieza de motel con la voz de Julio Iglesias de fondo, o en un departamento o una casa providencialmente vacía.

Una vez más llegará a las cuatro de la mañana con el vestido arrugado, el maquilla-

je corrido y un insoportable olor a alcohol y perfume de hombre. Ella me creerá dormido y la veré desnudarse a la luz de la lámpara de su velador, veré en su cuerpo las marcas de un sexo urgente, intenso, desbordado, casi animal, las huellas del goce que acaso también se hallen en los ojos que no podré ver. Se acostará a mi lado y simularé despertarme debido al movimiento de la cama. Trataré de abrazarla y ella se apartará de mí. Le susurraré una proposición audaz y ella me responderá que no, se halla muy agotada, puede que mañana. Siempre igual, puede que mañana, puede que pasado.

Podría hacer en este instante mis maletas e irme, olvidarlo todo y comenzar de nuevo en algún otro lugar. Pensamientos vanos: sé que no sería capaz de dejar solos a los chicos, y también sé que jamás podría dejar de aferrarme a la tenue, casi difusa esperanza de que, alguno de estos días, ella cambie y retornemos al amor, a la fidelidad de los primeros años. Por lo tanto, a las once y media de la noche del viernes intento comenzar a leer una novela de Manuel Puig y trato de no pensar en unos zapatos rojos y ropa interior Calvin Klein tirada en el suelo, en un escotado vestido rojo hecho un ovillo al lado de la cama, en mi esposa haciendo el amor con un desconocido.

EL APRENDIZ DE MAGO

Había una vez un aprendiz de mago que trabajaba en un circo pobre y que lo único que deseaba en la vida era el reconocimiento caluroso, los aplausos de su escasa audiencia. Sin embargo, una y otra vez algunos trucos le salían mal y de uno y otro sector del público surgían los abucheos y las risas. Podía soportar esa respuesta con estoicismo, pero a veces, cuando las risas se tornaban en crueles carcajadas, su paciencia se desvanecía y en su rostro se instalaban, inequívocos, los furiosos trazos de la cólera. En ese instante los payasos y los trapeceistas y sus demás compañeros sabían que comenzaban los problemas, pues él no tardaría en recurrir a su único truco infalible, el de hacer desaparecer la ciudad en que se encontraban, y se dirigían con prisa a sus carromatos, a empacar sus pertenencias y preparar la abrupta huida. El anunciaba con humildad el último truco de la noche, lo cual motivaba la exasperación de las carcajadas; el acto era finalmente consumado, algún curioso se asomaba a la puerta del circo y era verdad, la ciudad había desaparecido.

Por cierto, todavía no dominaba el arte de hacer reaparecer a las ciudades, era un

aprendiz de mago que, a lo sumo, lograba con dificultad el retorno de algunos barrios, algunas plazuelas, algunos monumentos, algunas avenidas. Sabía que necesitaba años de experiencia, pero también sabía que su orgullo jamás le permitiría soportar las burlonas carcajadas de la audiencia, aunque aquello le costara, ciudad tras ciudad, la desaparición de todo vestigio de mundo.

ANIVERSARIO

Hoy se cumplen cuarenta y cinco años del secuestro de mi madre. Mi padre debe estar en la iglesia, rezando por ella. No pierde las esperanzas. Mi hermano, siempre tan formal, llamó desde Sidney y me dijo que estas cosas nos unían más. Yo no le dije nada. También llamó el comandante de la policía. Hubiera preferido, a esa parodia de nuevas pistas y pronto suceso, que confesara de una vez por todas su incapacidad. Es igual que mi padre.

Ayer mi padre recibió una nueva nota de los secuestradores. Una vez más han reducido sus pretensiones, pero no terminan de admitir su fracaso. Debo reconocer que ya los he perdonado: de un modo ominoso y fatal, ellos también se han convertido en secuestrados. Quizás jamás habrían tocado a mi madre si hace cuarenta y cinco años mi padre no hubiera alardeado acerca de una fortuna que sólo existía en su imaginación. Y si hoy él, en vez de dar largas al asunto olvidara su orgullo y fuera sincero con ellos acerca de su situación económica, quizá ellos se alegrarían más que nosotros y liberarían pronto a mi madre. Pero no. Y así yo me quedo sin poder conocerla. A través de fotos no es lo mismo.

Todos, mientras tanto, envejecemos.

EN EL PARQUE DE DIVERSIONES

Esta es la segunda vez que visitas el castillo del terror, Juan Luis. Ayer lo hiciste, por primera vez caminaste por esos pasillos en que la luz no es, y se cruzaron frente a tí fantasmas y rostros sin cuerpo, y viste un cementerio desbordado de murciélagos y luego esqueletos fosforescentes a ambos lados del camino. Atravesaste un puentecito que, al bambolearse sin freno por algunos minutos, te extrajo desesperados gritos de angustia. Antes de salir vino lo peor, el encuentro con la espectral bruja que te sofocó en su abrazo y que luego, al mirar tu rostro despa- vorido, invocó al espíritu de las tinieblas y te lanzó una maldición. Dijo que hoy, a las doce de la noche, te devorarían los cuervos a picotazos.

Pero hoy vas a quebrar el maleficio, Juan Luis. Tus padres, que te esperan afuera, no han visto que entre los pliegues de tu ropa escondiste un afilado cuchillo de cocina. Y ahora, concentrado en lo que harás cuando aparezca ella, eres inmune al terror de los gritos y los espectros y las tumbas que a cada instante abandonan las calaveras. Caminas a paso firme, mirando sólo al frente, empuñando el cuchillo con ambas manos. Cru-

zas el puentecito tambaleante y ya está, si se repite lo de ayer ella te espera en el próximo recodo. Te persignas.

Allí está la bruja, fulgurando en la oscuridad. Su carcajada maligna te alcanza, y por un momento vacilas. Pero ella ya está junto a tí, su rostro de horror perfecto casi tocando el tuyo, y sus brazos te encierran y es entonces cuando le hundes el cuchillo. Su rostro no cambia de gestos, sus brazos te sueltan, la carcajada se transforma en una exclamación de sorpresa y dolor que va a confundirse con las demás exclamaciones que pueblan el castillo del terror. Con tu cuchillo incrustado a la altura del estómago, cae al suelo.

Cuando sales del castillo, sientes el alivio de liberarte al fin de la oscuridad. Tus padres te están esperando, y al verte tu madre comienza a gritar: "¡Hijo! ¡Estás todo manchado de sangre!"

Y tú corres hacia ella y la abrazas y con el rostro en su regazo comienzas a llorar.

UNA PAREJA

El día en que cumplían treinta y dos años de casados, él dijo:

—Voy a comprar una televisión.

—Para qué—dijo ella.

—Para que los silencios no se noten tanto.

Y a ella le pareció una excelente razón.

FOTOGRAFIAS

a los amigos de Berkeley

En este album de fotografías se encuentran pruebas de la existencia de algunos seres de la muchedumbre que fui y soy yo. En esta foto, por ejemplo, uno puede observar una de las múltiples versiones que encarné del adolescente, la sonrisa despreocupada en la puerta del colegio, la mirada que confía en que la historia tendrá un final feliz. Aquí, entre amigos, se halla el ser que soñó algún día con seguir los pasos del Che. El que posa en medio de dos campesinos es el que estuvo a punto de irse a vivir a un pueblito del valle cochabambino para descubrir la parte de su país que era un misterio para él. Esta foto desvaída muestra al joven que amó a y sufrió por Ximena. El que pedalea en el triciclo azul es un niño en paz que no supo nunca de la existencia del ser angustiado de la foto en blanco y negro de al lado, los ojos que miran penetrantes y a la vez no miran en una burda imitación del ejemplo de esos días, Kafka. Allí, borracho, con un desconocido, se encuentra el ser que en la madrugada del veinticuatro de febrero de 1971, día en que cumplía veinticinco años, prometió que no descansaría hasta que Bolivia retornara al mar. El de pelo corto, abrazado por sus padres, es

una versión de pocos días, los suficientes para creer en y descreer de la política. El que duerme la siesta sin enterarse de que una foto lo acababa de atrapar es el que, día tras día, no dejaba de pensar en el suicidio de Germán Busch. Allí, en el extremo izquierdo en esa foto de grupo, está el que se casaría sin convicción y siete meses después se divorciaría sin convicción. El ser que, en esa foto recortada de un periódico, está siendo posesionado como ministro del gabinete de García Meza, es el que temía demasiado a la muerte y eligió vivir el resto de sus días con el estigma de la cobardía. Esa foto, tomada en un burdel el día en que cumplía cuarenta años, es de aquél que bebía hasta la intoxicación porque no encontraba cosa mejor que hacer. La última foto, tomada hace poco más de una hora con una polaroid, es de un ser, o seres, que todavía no conozco.

Suena el timbre del teléfono. Contesto. Preguntan por Gonzalo Peña. Es un nombre que he oído muchas veces, aplicado a los seres que habitan las páginas de este album de fotos. Es mi nombre, pero por alguna razón, como cuando uno repite varias veces una palabra y ella termina por perder su sentido, es un nombre que ya no me nombra. Sin mentirle, sin intentar esconderme, le digo que aquí no vive ningún Gonzalo Peña, número equivocado. Cuelgo.

Vuelvo a mirar la última foto del album.
La extraigo y arrojo el album al basurero.
Nunca podré responderme qué hacía una fo-
to mía en un album ajeno.

A SIETE MINUTOS DEL COLAPSO

La mujer de la cabellera negra y los jeans descoloridos cruzó la avenida vacía en el silencio de la tarde, precedida y perseguida por papeles arrugados y hojarasca que el viento arrastraba sin prisa, y se detuvo frente a la puerta del almacén. La golpeó con violencia y esperó una respuesta. Nada sucedió durante algunos minutos. Insistió, y al final una ventana se abrió en el segundo piso, asomándose a ella la figura de un hombre viejo enfundado en un terno gris.

—La tienda está cerrada—dijo él, la voz nerviosa—. No le puedo vender nada.

Ella agitó en el aire el walkman que sostenía en la mano derecha.

—Sólo quiero un par de pilas pequeñas.

—Pero... ¿usted no escuchó la radio? ¿No vio la televisión? ¿No sabe que faltan siete minutos para el colapso?

—Sí, ya lo sé. Sólo quiero escuchar este cassette. Me pone nostálgica. Me recuerda a algunos días y noches de mi adolescencia.

—Usted está loca. Debería estar rezando—dijo el viejo persignándose y cerrando la ventana.

Ella suspiró. Dio la vuelta y se dirigió a la parte central de la avenida. Se sentó ahí, las piernas cruzadas. Pensó en una tarde de lluvia, ella en su habitación tratando, con una guitarra, de colocarle música al primer poema que había escrito en su vida. Qué hermoso el tiempo del primer amor, pensó. Qué habrá sido de él. Intentó recordar su rostro. No pudo: apenas vino a ella un fragmento, la revelación de unos ojos tristes y extraviados.

A lo lejos, un trueno reverberó.

ESQUINAS

Otra vez estoy perdido, pensó. Ya ni siquiera la sofisticación del laberinto; ahora es suficiente una línea recta.

—¿Le pasa algo?—la voz lo sacó de la abstracción. Era un policía.

—Sí. Pero no creo que usted pueda ayudarme.

—Usted ha estado parado en esta esquina por más de una hora. Quizás lo pueda ayudar.

—Bueno... Estoy perdido.

—Ah... Si de eso se trata, tiene razón. No lo puedo ayudar.

—Le dije.

—Cada vez resulta más fácil perderse en esta ciudad. El otro día me quedé parado en medio de una calle. No sabía dónde estaba yendo. O si lo sabía, lo había olvidado. Estuve ahí, parado, por más de tres horas.

—¿En serio...?

—Sí. A mi hermana le pasó algo similar. Debe ser la época del año.

—No había pensado en esa posibilidad.

—En algo debe influir. Supongo. Lo dejo... Debo volver al trabajo. Gusto de conocerlo.

—Igualmente.

De retorno a la soledad, pensó en las palabras del policía. Sí, acaso era la época del año. Una época que duraba doce meses. Caminó en dirección hacia la plaza principal. Después de dos cuadras volvió a detenerse, a tres pasos de una esquina. No había caso: definitivamente, era la época del año.

ESCRITURA EN LA PARED

En el baño del café un hombre alto y vestido con elegancia escribe sin cesar en una de las paredes. Yo termino de lavarme las manos pero no puedo abandonar el recinto: la curiosidad me impele a intentar leer de reojo las palabras escritas con un lápiz labial de color rojo violento, las líneas que amenazan cubrir pronto toda la pared: el hombre alto está ahora hincado, prosiguiendo su labor ajeno a mí. Un momento después pierdo el recato y empiezo a leer sin disimulo, vencido una vez más por la magia de cualquier escritura—los anuncios de los afiches en las calles, las arrugadas hojas de periódicos arrastrados por el viento, las instrucciones para abrir latas de sardinas que jamás probaré—. Leo: *En las noches lo extraño. Pero no sólo en las noches. En el día también. Se fue. Sacó sus cosas del departamento y se fue. Las velas se apagarán por sí solas en el atardecer de abril. Exploraciones inconclusas, telas que se rompen en el viento, contaminaciones, amor. Amor. En el día también. Qué será de los caballos salvajes. Qué se.* Su cabeza me cubría algunas palabras; me acerqué hacia él, tratando de con-

tinuar la lectura. Fue en ese instante que él me percibió.

Se incorporó, y me ofreció un rostro estragado, unos ojos que habían llorado hace poco, unas ojeras que traducían noches sin sueño, y los labios más finos y hermosos que jamás me había sido dado mirar. Se acercó hacia mí. Yo no hice ningún movimiento. Se apoyó en mi pecho; yo no hice ni dije nada. Comenzó a llorar. Sus lágrimas me lastimaban: intenté consolarlo acariciándole la cabellera negra. ¿Qué otra cosa hacer? ¿Qué decir? Era obvio, las palabras no se habían inventado para momentos como éste. Desde el otro lado de las paredes se oía la voz de Sinead O'Connor. Deseé que no entrara nadie: no quería la interrupción de algo que, lo intuía, pasaría a formar parte de ese puñado de historias que uno recuerda y tergiversa (recuerda: tergiversa) cuando necesita cerciorarse o cerciorar a los demás de que sí, sucedió algo en ese relámpago de tiempo que media entre el nacimiento y la muerte.

El hombre colocó su rostro a diez centímetros del mío y me dijo, sin dejar de abrazarme:

—Me dejó. Me dejó.

—Todos los hombres son iguales—dije, sintiendo que, esta vez, el cliché se justificaba.

—No. El era diferente. El es diferente.

—En cierto modo, todos los hombres son diferentes—por lo visto, era la noche de las frases célebres.

—¿Qué voy a hacer ahora?

—Siempre habrán otros. El amor aparece cuando uno menos lo espera, y donde uno menos lo espera. Nadie es imprescindible—dije, serio.

—El es. Lo es para mí—me miró con una furia súbita, como si yo me hallara profanando los dogmas sagrados de su religión—. Usted no lo conoció. Usted no sabe nada del amor.

—Puede ser—dije, procurando que mis palabras sonaran naturales, nada agresivas. El me miró como si estuviera a punto de insultarme, pero luego, como si hubiera decidido que insultarme sería rebajarse, se separó de mí, hizo un gesto de desdén, me dio la espalda y salió del baño.

Tardé un rato en reaccionar. Cuando lo hice, miré hacia la escritura en la pared para terminar de leerla, mientras escuchaba los vozarrones de dos hombres que acababan de entrar al baño y hablaban con lascivia de las cosas que les harían a las dos mujeres que los estaban esperando en la barra del café. *Qué será, leí. Tan puro, tan sublime, tan todo, para qué. Nada. Nadanadanadanada. ¿Cuándo comenzará el invierno?*

Al salir del café, dos horas después, llovía y un viento fuerte arrastraba las gotas de agua y los escombros de basura que la semana había acumulado en las esquinas. Yo todavía pensaba en los labios finos del hombre alto y elegante.

RUMBO A LAS PIEDRAS

El letrero, en inmensos números blancos sobre un fondo azul, decía 43. Martín suspiró aliviado al verlo: al fin había encontrado la parada del colectivo que buscaba. Un anciano y dos mujeres jóvenes se encontraban sentados en un banco de madera que brillaba como si acabara de ser barnizado. Martín se sentó junto a ellos.

Transcurrida media hora, el colectivo no llegaba. Martín, que miraba a su reloj como hipnotizado por éste, comenzó a preocuparse: necesitaba llegar a Las Piedras: de vez en cuando, como hoy, le venían ganas de ordenar su vida y escogía una destinación, una coordenada de la que no se apartaba hasta alcanzarla. Por un momento, el pasado se volvía literal y se transformaba en lo que su nombre decía, pasado, niebla incapaz de invadir la luminosidad del presente. Las Piedras era hoy la destinación y la alcanzaría.

Las mujeres y el anciano conversaban de manera relajada, sin apuros. Martín se volvió hacia ellos y preguntó si ésa era la parada del 43. Una de las mujeres sonrió y dijo, como si se hallara enunciando algo ya conocido por todos:

—Por supuesto que no. Hace un par de semanas cambiaron las rutas de algunos colectivos, pero la municipalidad no tuvo tiempo de cambiar los letreros. La parada más cercana del 43 se halla en Siete de Julio y Rosales, a tres cuadras de aquí. El letrero dice 76.

Martín le agradeció y se dirigió a Siete de Julio y Rosales. Allí, solo, se sentó en el banco y se dispuso a esperar. Mientras esperaba, pensó en Las Piedras. Una vez había estado allí y le había gustado. Eso había sido seis años atrás, pero todavía conservaba fresca en la memoria la placidez de la urbanización, la majestuosidad de los eucaliptos y el maullar entre cálido y lastimero de un hermoso y viejo gato pardo. Acaso si ese día hubiera decidido quedarse en Las Piedras los seis años no habrían transcurrido de la manera en que lo hicieron. No acaso: seguro que hubieran sido diferentes. Hubieran podido ser mejores. Pero también hubieran podido ser peores.

Cuarenta y cinco minutos después, Martín decidió que ya había esperado bastante. Comenzó a caminar sin rumbo. Después de dos cuadras, se detuvo: la intuición le decía que si se quedaba ahí, en esa esquina sin letreros, no tardaría en pasar el colectivo que lo llevaría a Las Piedras. Su hermana siempre le decía que había que hacer caso a las intuiciones. Se metió las manos a los bolsillos del pantalón, y esperó.

Poco rato después, divisó un colectivo que venía hacia él. Es el 43, pensó recordando a su hermana. Pero ya más cerca de él se dio cuenta que no era el 43. Era el 38. Lo hizo parar: acaso, en una de ésas...

Martín se acercó a la puerta del colectivo y preguntó al chofer si iba a Las Piedras. El chofer miró a sus pasajeros como tratando de hacerles entender que si se demoraban la culpa no era suya sino de ciertas preguntas estúpidas que recibía.

—No—respondió, la mano apretando con impaciencia la caja de cambios—; voy a Loma Azul. A dos horas de Las Piedras. En el lado opuesto de la ciudad.

Apenas escuchó el nombre Martín supo que se había estado engañando durante todo el día: en realidad, en ningún instante había querido ir a Las Piedras. Loma Azul era la destinación que buscaba. Loma Azul: repitió el nombre tres veces, como para cerciorarse de que ése era el lugar al que quería ir; después de todo, si Las Piedras había logrado ocultar a Loma Azul, ¿no estaría Loma Azul ocultando otro lugar? Por un momento, vislumbró la posibilidad de lugares ocultando otros lugares *ad infinitum*... Pero sólo por un momento; al rato, sus pensamientos habían retomado su curso normal.

Urgido por el chofer, decidió subir al colectivo. Iría a Loma Azul. Sí, ésa era la destinación que buscaba. Loma Azul. Qué lindo nombre, pensó. Muy, muy lindo.

EN DURANT Y TELEGRAPH

En la esquina de Durant y Telegraph hay un hombre viejo con tatuajes en los brazos que lee la suerte sobre una mesa cubierta por un mantel púrpura. En busca de descanso de horas de discusión con vendedores ambulantes, mendigos y nuevos hippies, me siento frente a él.

—¿Cuánto?—pregunto de manera desgana.

—A partir de cinco lo que usted quiera, señorita.

Dejo un billete de cinco dólares sobre el mantel y el hombre sigue barajando sin inmutarse. Observo con curiosidad que tiene anillos en todos los dedos de la mano derecha. Entre dientes, me pregunta si quiero las cartas del tarot o las de la baraja común. Le digo que da lo mismo: no me interesa lo que las cartas digan de mi futuro; lo que quiero es la experiencia, el poder decir algún día que me leyeron el futuro: soy una triste turista en busca de una historia de quince minutos para los nietos que sin duda llegarán.

El hombre elige usar la baraja común. Después de algunos movimientos de presti-

digitación, me pide que extraiga cuatro cartas del mazo. Lo hago: un siete de corazones, un tres de diamantes, un as de pique, un rey de corazones. El mira las cartas elegidas con asombro y pavor, como si se hallara al borde un precipicio y por perversa curiosidad decidiera mirar lo que se encuentra bajo sus pies. Después de una larga pausa, y cuando los ruidos insistentes de Telegraph amenazan con retornarme al territorio que existe más allá de esta mesa de mantel púrpura, dice, con voz grave:

—Usted morirá.

—Eso ya lo sé. ¿Cuándo?

—No lo sé. Sólo sé que usted morirá. Puede ser hoy, puede ser dentro de treinta años. No le pida a las cartas más de lo que pueden darle: la esencia es lo que cuenta, no las burdas circunstancias.

¿Me encontraba con un descarado estafador o con una más de las versiones hippies, que tanto abundan en Berkeley, de algún profundo filósofo del Oriente? ¿Acababa de oír un insulso cliché, o una frase reveladora que destrozaba abrojos y se incrustaba en el centro de la cuestión del ser? No podía decidir. Su rostro, que oscilaba entre la seriedad y la burla, no hizo más que profundizar la ambigüedad. Me incorporé y, mientras la gente pasaba a mi lado sin preocuparse por nosotros, le dije lo único que en ese momento se me ocurrió:

—¡Usted... usted también morirá!
Impasible, él continuó barajando.

Cuando regresé al hotel, después de una ducha y ya más tranquila, pedí a recepción que me consiguieran un mazo de cartas comunes. Al rato apareció en la puerta un botones; me dio el mazo, le dí una propina y se marchó.

Me recosté en la cama, barajé el mazo repetidas veces, hice algunos movimientos prestidigitatorios con él, y luego tiré cuatro cartas sobre la colcha. Nerviosa, comprobé que se trataban del dos de diamantes, el nueve de pique, el cuatro de trebol y el seis de pique. Intenté algunas veces más. Las cartas que salían eran siempre diferentes, pero era cierto que no mentían: yo moriría.

EN LA TORRE DE CONTROL

Una vez más en veintidós años de trabajo, en la torre de control del aeropuerto de Verdecillas, Herales tiene entre sus manos el destino de más de doscientas personas en dos aviones y siente deseos de equivocarse. Día tras día sus órdenes han permitido aterrizajes y despejes perfectos, necesarios cambios de ruta, imprescindibles correcciones en las coordenadas de vuelo; órdenes que en general ha sido fácil dar, con una suerte de orgullo y satisfacción por el deber cumplido; pero de vez en cuando, como ahora, el deseo de apartarse del curso rutinario de los acontecimientos ha sido extremo. Rebelarse contra lo preestablecido, cruzar una luz roja, dar instrucciones incorrectas...

La voz del copiloto del 727 de Aviasur pregunta una vez más en qué pista se puede aterrizar. Herales sabe que A-27 y A-29 están despejadas, y que acaba de dar permiso para utilizar A-31 en su despegue a un 737 de Darain. Está a punto de enviar al 727 a A-29, pero duda; un minuto, responde, confirmaré todo en un minuto.

Por la ventana ve el día que fluctúa, de acuerdo a las nubes que son arrastradas continuamente por un viento agresivo, entre un sol magnífico y unas sombras sosegadas. En un día como hoy nada debería suceder, piensa. Luego cuenta rápidamente: ciento cuarenta y siete más cerca de unos noventa. Doscientos treinta, al menos. Piensa en su esposa, en la sorpresa que se va a llevar.

¿Es una rebelión? ¿O es hacer algo por el simple hecho de hacerlo, por lo gratuito del acto? ¿O es el puro placer de ceder a una tentación, a un cruel impulso? Las preguntas se agolpan en la mente de Herales. La respuesta es menos clara de lo que parecía en principio.

A-27. A-29...

La voz del copiloto del 727 vuelve a escucharse. Herales carraspea, se toca la frente húmeda con las manos, se aclara la voz, y luego da las instrucciones de manera pausada. Cuando termina de darlas, se da cuenta de lo que ha hecho; le viene el arrepentimiento, quiere corregir su acto, exclamar no, la A-31 no. Pero no dice una sola palabra, se queda en silencio mirando a la pantalla del radar enfrente suyo: el arrepentimiento ha venido, pero también se ha ido.

Cuando sus compañeros de trabajo lo encontraron encerrado en el cuarto de baño y revolcándose a carcajadas, no supieron en principio el porqué.

LA FRONTERA

a Jossianna

A la entrada de la mina La Frontera, que creía abandonada, se hallan dos hombres. Tienen el rostro terroso, apariencia de mineros en la vestimenta desastrada, y pancartas en alto condenando el cierre de minas decretado por Paz Estenssoro. La escena me parece curiosa; detengo el jeep, me bajo y me acerco a ellos. Hace años que no venía por este camino abandonado, hace años que no visitaba la finca de Sergio. Bien puede esperar unos minutos, me digo, y perdonar al periodista que siempre hay en mí.

De cerca, confirmo que son mineros. Los rayos del sol refulgen en todas partes menos en sus cascos, tan viejos y oxidados que carecen de fuerzas para reflejar cualquier cosa. Los mineros no mueven un músculo cuando me acerco a ellos, no pestañean, miran a través de mí. Sus pies de abarcas destrozadas se hallan encima de huesos blanquinegros. Miro al suelo, y descubro que yo también estoy posando mis pies sobre huesos: de todos los tamaños y formas, algunos sólidos y otros muy frágiles, pulverizándose al roce de mis zapatos. En mi corazón se instala algo parecido al pavor.

Las minas fueron cerradas hace más de siete años. Muchos mineros entraron en huelga, pero al final terminaron aceptando lo inevitable y marcharon hacia su forzosa relocalización, a las ciudades o a cosechar coca al Chapare. ¿Podía ser, me pregunto, que la noticia del fin de la huelga no hubiera llegado hasta ahora a los mineros de esta mina? La región de Sergio progresó con la inauguración del camino asfaltado, y aquí quedaron, abandonados, esta mina y el camino viejo.

Les pregunto qué están protestando.

Silencio.

Después de un par de minutos insisto, esta vez tartamudeando, acaso dirigiendo la pregunta más a mí mismo que a ellos. Y entonces veo un leve movimiento en la boca de uno de ellos. Un par de músculos faciales se estiran, quiere decirme algo.

Pero el esfuerzo es demasiado. Boquiabierto, veo el quebrarse de la reseca piel de las mejillas y el pesado caer de la pancarta; luego, súbitamente, el rostro se contrae sobre sí mismo y la carne se torna polvo y se derrumba y del minero no queda más que un montón de huesos blancos y secos.

Pienso que es hora de no hacer más preguntas, de reemprender mi camino, de aparentar, una vez más, no haber visto nada.

EN LA NOCHE DE SAN JUAN

Es la noche de San Juan y Ricardo, sentado junto a sus padres y su hermana Patricia frente a una fogata, se decide por materializar una idea largo tiempo acariciada: la de incendiar su casa. Quiere sentir el placer de ver el crepitar de las llamas consumiendo las paredes de madera, el destrozarse inexorable de las viejas fotos de abuelos y bisabuelos que cuelgan sus estampas desvaídas en habitaciones polvorientas, el rojo intenso del fuego avanzando entre cortinajes y celosías y dejando al desnudo estructuras que fingen eternidad pero que son sólo tiempo.

Son las diez de la noche. Lo hará a la medianoche: comenzará por los siempre elegantes y vulnerables pinos. Un poco de gasolina será suficiente. Mira a sus padres, que agarrados de las manos parecen haberse reconciliado: tarde, piensa, muy tarde. Mira a Patricia, que lo envuelve con su sonrisa entre enigmática y cómplice. ¿En qué estará pensando su hermanita, tan poco dada a la inocencia que le correspondería por edad? Cómo lo odia. El odio, por suerte, es mutuo.

Once y media de la noche. Las manos le tiemblan a Ricardo. Ya tiene en un bolsillo del pantalón una caja de fósforos y la lata de gasolina se halla a mano. Lo hará aprovechando un descuido, acaso una ida de sus padres y Patricia al baño o a la cocina. Hay miedo, pero también una sensación de anticipado, perverso placer. Mira a su padre: qué cara de imbécil alegría. Mira a su madre: qué total ausencia de la instintiva sabiduría maternal. Mira a Patricia: qué cara vacua, no presta a ser descifrada. Mira a las llamas: un escalofrío le recorre el cuerpo, una sonrisa se le hace en los labios.

A diez minutos de la medianoche, Ricardo va al baño. Acaso son los nervios, piensa. Encerrado en éste es cuando percibe el olor: el sensual, fascinante olor del fuego. Después, el agrio trepar del humo por las paredes. Trata de abrir la puerta, pero no puede: está trancada por fuera. Escucha los desesperados gritos de sus padres y todavía no comprende. Y recuerda la sonrisa entre enigmática y cómplice de Patricia, y comprende.

Sentado, espera el fin, tratando de reconocer con hidalguía la derrota.

APRENDIZAJE

Carlitos, mi hijo de cuatro años, empujó por el balcón de la casa a Eduardo, su hermano de dos años. Cuando llegué, ya era muy tarde: la pobre criatura era un guiñapo bañado en sangre. ¿Qué podía decirle a un chiquillo de cuatro años que no entendía lo que había hecho? Le dije que lo que había hecho estaba muy mal, y que no lo volviera a hacer.

Mi esposa y yo tuvimos dos hijos más. Carlitos cumplió ayer diez años y puedo decir por lo pronto, uno nunca sabe, que aprendió la lección.

JUEGOS

a la memoria de Marcelo Q. S.C.

Todo comenzó con la idea de la profesora Torrez de hacernos representar, una vez a la semana, un fragmento de la historia de Bolivia. Su propósito era evitar en nosotros el tedio que nos visitaba en cada una de sus clases. Lo logró con creces: era interesante ser, por un intenso momento, Mayta Kápac, Juana Azurduy, Warnes, Busch. Palabras opulentas reverberaban en el recinto, gestos ya inmortales cobraban vida, las páginas de los textos adquirirían significado.

Pronto, el interés se extremó: las esqueléticas estructuras narrativas dieron paso a complejos guiones preparados por la profesora Torrez, nuestras ropas vulgares cedieron su lugar a disfraces alquilados o comprados que imprimían mayor realismo a la escena, fines de semana fueron empleados en el ejercicio y perfeccionamiento de los roles. No nos importaba nada más que la historia, nuestra historia.

Un día Solózano me dijo que se había cansado de la simulación y que quería convertir la actuación en realidad. Le entendí al instante: después de meses de simular la realidad, yo también estaba dispuesto a ir un poco más lejos. Colgar a Villarroel no debía entenderse

como simular colgar a Villarroel sino, simplemente, *colgar a Villarroel*. Nos dispusimos a formar un grupo secreto. En menos de tres días, ya éramos siete. En menos de una semana, ya éramos todo el curso.

El primer periodo que elegimos fue el del golpe de estado de García Meza. Lo llevaríamos a cabo el primer sábado del próximo mes, en un descampado a orillas del río Rocha. Para procurar espontaneidad, resolvimos que no existieran ni guión ni ejercicios; una vez asignados los roles a la suerte, cada uno se encargaría de informarse de su personaje, de conseguir armas y municiones, disfraces y frases memorables.

Los días pasan y el nerviosismo crece en el curso. Nadie menciona el tema, pero éste está presente de manera omnimoda desde la asignación de los roles. La risa histérica de Oropeza testimonia su intranquilidad, su desconsuelo de tener que officiar de Arce Gomez. Alba y Villamil, paramilitares, despliegan arrogancia al por mayor. Yo no me puedo quejar: haré de García Meza, estaré en el centro de los acontecimientos, de mis órdenes dependerán vidas, de mi voz y mis actos dependerá la historia. Será magnífico.

Eso sí, no lo puedo negar, al ver el rostro de Borda, que a veces muestra orgullo y a veces miedo, siento pena por él: con su suerte acostumbrada será, para nosotros, Marcelo Quiroga Santa Cruz.

LEYENDA DE WEI LI Y EL PALACIO DEL EMPERADOR

Una mañana, el anciano Wei Li fue convocado al Palacio del Emperador. Había vivido toda su vida en una pequeña aldea de pescadores y no sabía dónde quedaba el Palacio, aunque lo imaginaba en la capital del imperio, que nunca había visitado. Cuando preguntó por direcciones en el mercado, un guardia le dijo que el Palacio estaba en todas partes, que el Palacio era el Imperio. Tus pies descalzos pisan ahora uno de los pasillos del Palacio, le dijo; tu choza se halla en uno de los jardines del palacio; toda esta aldea, le dijo, es parte del Palacio. No tiene sentido ir a la capital en busca del Palacio porque el Palacio ya está aquí.

Wei Li entendió y pensó que la mejor forma de obedecer la orden era retornar a su choza y esperar en su habitación la llegada de una nueva orden.

A la semana siguiente, dos guardias aparecieron en su habitación y lo sacaron a rastras de su choza. Wei Li fue ejecutado en el acto y su cabeza fue clavada a una pica en el centro del poblado, para escarmiento de quienes se atrevían a desobedecer el llamado del Emperador.

IMAGENES DEL INCENDIO

El incendio comenzó por la madrugada y se propagó con una furia incontenible por los pastizales resecos que había dejado un verano sin lluvia por las colinas de Barranco; a las diez de la mañana se ordenó la evacuación de todo ese sector residencial de clase media-alta. Al mediodía, ante el esfuerzo casi inútil de bomberos no preparados para contener un fuego de semejante magnitud, comenzaron a arder las primeras casas que por décadas y décadas se habían erguido ostentosas, poco humildes, en barrios con la ciudad a sus pies por un lado, y por el otro el mar.

Era un espectáculo fascinante. Mi hermano y yo lo mirábamos por CNN, que desde la madrugada transmitía todos los pormenores en vivo. Hermosas escenas de perros y gatos atrapados por el fuego, entrevistas a desesperados burgueses llorando las fotos de familia incineradas y el desaparecido hogar construido a base de "tanto sacrificio", tomas dramáticas de bomberos intoxicados y de reporteros arriesgando la vida en aras de servir a la población, interrumpidas sólo por los co-

merciales: la regocijada señal de que ni siquiera las catástrofes detenían la marcha incesante del comercio.

Mi hermano había encendido el televisor temprano y había buscado CNN sin dilaciones: era un adicto a las noticias. Siempre afirmaba que las crueles y a la vez inofensivas imágenes de la realidad en CNN eran su telenovela, una telenovela mejor que cualquier otra. *Doscientos muertos en un terremoto en India: detalles en ocho minutos. ¿Quién asesinó a esta madre soltera? Descúbralo a las siete.* Yo salía de la casa cuando me atrapó la panorámica imagen, desde una cámara en un helicóptero, de Barranco rodeado por el mar y el avance del fuego. Una imagen hipnótica que conmovía también al reportero describiendo la escena con gastados superlativos que, gracias a una voz quebrada por la emoción, aparecían dignos, recubiertos de originalidad. Me senté al lado de mi hermano. No había nadie más en la casa. Mis padres y Eugenia ya se habían ido.

Después de un buen rato, recordé lo que sucedía y me quise ir. Se lo dije a mi hermano, pero no me escuchó, absorto como estaba en la casi mística contemplación de las imágenes. Me levanté, y entonces vi la toma de la hermosa casa blanca al borde del acantilado, y el fondo azul y celeste del mar y el cielo divididos por la raya del horizonte; un rápido corte, y entonces vi las llamas dando

fin con el pasto y los árboles del elegante jardín de la casa. Me volví a sentar.

El periodista informó que se creía que todos los habitantes de la casa ya la habían evacuado. Yo sabía que estaba equivocado.

LOS PREMIOS EN NOGUERA DEL CAMPO

La ciudad de Noguera del Campo se caracteriza por una tradición harto peculiar, una suerte de exageración de ciertas tendencias existentes en otras ciudades de la región desde la colonia: la de celebrar con reconocimiento público cada uno de los triunfos de cada uno de sus vecinos, desde los más encumbrados hasta el más humilde. El reconocimiento puede tomar varias formas: una medalla, el bautizo de una calle o una plazuela con el nombre del celebrado de turno, la comisión de una estatua con sus rasgos, a veces la declaración de un feriado municipal. Pedrito Olmos, ganador del concurso de poesía para niños de kinder con una "Oda a la mamá", fue reconocido con el bautizo de un callejón sin salida con su nombre; María Suaznabar, que triunfó en el concurso para encontrar el slogan ideal para la promoción turística de la ciudad (*Noguera del Campo: donde siempre hay campo para usted*), fue reconocida con el bautizo de una plaza con su nombre; Raúl Reyles, que ganó el concurso de dibujo "Nuestro alcalde bombón y Kevin Costner: ¿simple parecido o algo más?", fue

premiado con el cargo honorario de *Dibujante Oficial de Su Excelencia y Amigo Predilecto de las Artes Bellas y de las Otras*.

Noguera del Campo tiene un promedio de tres estatuas por calle, y los escultores, a quienes nunca les falta dinero, se quejan siempre por exceso de trabajo; los trabajadores municipales tienen los rostros estragados por el poco sueño y el continuo corretear de una ceremonia a otra; la Casa de la Moneda produce más medallas para Noguera que monedas para el país entero; y hay calles y parques que suelen tener cuatro o cinco nombres al mismo tiempo.

Todo ello sería peor si no fuera por el hecho de que en Noguera, tanto como se premia un triunfo, se castiga una derrota de la misma manera: ni siquiera el segundo lugar salva a uno. Pedrito Olmos no ganó en el siguiente concurso de poesía en que participó, e inmediatamente el callejón sin salida perdió su nombre. Olivia Fernandez, Miss Verano 1993, entregó el cetro a Carla Sotomayor en 1994, y con el cetro entregó también el nombre del Palacio de Justicia. Cuadrillas municipales rastrillan la ciudad al atardecer, con la lista de estatuas a retirar de las calles y a depositar en galpones a esperar la faena del tiempo. Tarde o temprano, todas son retiradas.

Sin embargo, hay una excepción: es la estatua de Roberto Zelada, en la intersección

de las calles Azurduy y Gorriti desde 1883. Ese año, Zelada ganó un concurso nacional de pintura, con una idílica y hoy juzgada mediocre acuarela de un paisaje rural. Al día siguiente de la ceremonia de descubrimiento de su estatua, Zelada desapareció de la ciudad y nunca más se supo de él.

LA CIUDAD DE LOS MAPAS

a Italo Calvino

La ciudad de Aguamarina es también conocida como la ciudad de los mapas. Hacia 1953 un error tipográfico hizo que el mapa oficial de la ciudad fuera publicado atribuyendo nombres distintos de los verdaderos a todas sus calles y plazas: la calle Benedicto Romero se llamaba María Dolores y la calle Naucalpan se llamaba Cienfuegos y la Cienfuegos se llamaba Benedicto Romero... La alcaldía no poseía dinero en su presupuesto anual para hacer reimprimir el mapa, de modo que ciudadanos y turistas debieron valerse de él por un año. Sin embargo, descifrar el mapa, tratar de llegar de un lugar a otro siguiendo nada más que sus instrucciones, se convirtió pronto en el pasatiempo del lugar. Era obvio, la ciudad era pequeña y la gente no necesitaba de mapas para ir de un lugar a otro; el secreto del juego consistía, precisamente, en olvidar esa obviedad y tratar de valerse sólo del mapa. Para los que conocían Aguamarina, eso no fue sorpresa: una ciudad muy pequeña, donde la vida discurre tan tediosamente como en las grandes ciudades pero sin las varias posibilidades de esconder

dicho tedio existentes en éstas, donde hacer circular el rumor corregido y aumentado de los amores del párroco y el desfalco de la sucursal del banco adquiere las características de un arte refinado y de perversa sensualidad, necesita siempre de nuevos alicientes para que lo permanente adquiera nuevas formas y dure.

Pero nadie sospechaba que en los mapas Aguamarina encontraría su destino. Una petición que circuló de mano en mano convenció a la alcaldía de mantener los errores tipográficos de 1953 en el mapa de 1954, o en su defecto cambiar los errores por otros errores. Se eligió la segunda opción. Una ciudad más pasaba así, casi de manera inadvertida, a ser la ciudad de los mapas. El azar, una vez más, era el motor de la historia.

En los años 60, el error adquirió características de sofisticación al aparecer diversas ediciones clandestinas de mapas que competían y ganaban en originalidad a los que publicaba el municipio. Algunos de estos mapas se publicaban en costosas ediciones limitadas, impresos en seda china o terciopelo, numerados y con firma del autor; del mapa Malloy, por ejemplo, en que su creador, un arquitecto misántropo y casi ciego, había eliminado siete calles de la ciudad original, añadido veintitrés plazuelas y un riachuelo que cruzaba la ciudad de norte a sud, y alterado dieciséis nombres de lugares turísticos,

existían apenas seis copias; millonarios y fanáticos insomnes pugnaban por ellas. Hubo algunas muertes jamás aclaradas.

Una historia de Aguamarina y sus mapas debería necesariamente mencionar estos hitos: en 1971, la publicación de un mapa en blanco; en 1979, la circulación de un mapa de la ciudad de Nueva York como si fuera de Aguamarina; en 1983, el intento fallido de crear un mapa del mismo tamaño de la ciudad; en 1987, el mapa que contaba en clave la leyenda del Minotauro y que motivó la profusión de niños bautizados con los nombres de Ariadna y Teseo; en 1993, el mapa de la ciudad sin alteración alguna, hecho al que se habían desacostumbrado tanto los aguamarinenses que resultó ser el más delirante, cruel y complejo de todos los mapas hechos hasta ahora.

Otras ciudades han tratado de imitar a Aguamarina. No han podido.

CUENTO CON DICTADOR Y TARJETAS

En ese entonces el dictador Joaquín Iturbide era dueño de una fábrica de tarjetas y poseía el monopolio de su venta en el país, y un día se le ocurrió declarar el veintiseis de junio día de la Amistad y las tarjetas creadas para ese día tuvieron un éxito inesperado en la población y lograron ganancias espectaculares para la empresa. Ello llevó al dictador a declarar el catorce de agosto día de la Envidia y el éxito también se repitió. Y por su propia inercia la dinámica del éxito continuó y en menos de un lustro todos los días del año estaban copados y había día del Rencor y día de la Novia Infiel y día de los Bisabuelos y día de los Esposos que se Aman pero en Realidad se Odian y día de los Adoradores de Onán y día de los que Quisieran Acostarse con sus Sirvientas y día de los Lectores del Marqués de Sade y día de los que Sueñan con Centauros. Para dar lugar a las nuevas ocurrencias hubo que dividir el día en varias partes: el tres de enero al atardecer fue declarado momento de los que les Gusta Hacer el Amor en la Oscuridad de un Cine y el dieciséis de octubre por la madrugada momento

de los que No Matan ni una Mosca y el veintiuno de diciembre al mediodía momento de los nostálgicos por el chachachá. Y así sucesivamente. El dictador ya lograba más dinero anualmente con la venta de tarjetas que con lo que robaba sin disimulo de las arcas del país, pero no quiso dejar el poder. Quería morir con él, ya viejísimo y venerable patriarca.

Cuando le llegó la muerte era en verdad viejísimo. En su honor, la Junta de Notables del país declaró las cuatro de la tarde con veintisiete minutos y quince segundos del dos de abril como el Fugaz Instante de los Dictadores Perpetuos.

II

EL SONETO EN LA ERA DE LA REPRODUCCION MECANICA

a Igor y Gonzalo, compañeros de vicio

Mónica ingresa a la tienda donde acostumbra a fotocopiar cuando le es necesario, a una cuadra de la universidad. Son las tres de la tarde, el lugar se halla colmado de gente, las dieciséis fotocopadoras se encuentran en uso. Ella sólo necesita catorce fotocopias de su último poema, un soneto que no niega la influencia de Delmira Agustini, para ciertas personas que aprecian sus balbucesos literarios. Pero no hay apuro, pronto se desocupará una máquina, y entonces camina por entre la gente, atisbando, tratando de descubrir qué es lo que están copiando, acompañada por un rumor de motores desgastados y olor a tinta fresca.

En la máquina cuatro un adolescente con lentes de cristal grueso copia un artículo de un libro de Benjamin. En la cinco, una muchacha de piel morena y aire intelectual copia un libro de Mariátegui; por las copias ya sacadas, parece que su intención es copiar el libro entero. Qué abuso, piensa Mónica, un libro entero, pobres librereros, pobres escritores. En la ocho, un señor de pelo entrecano copia un capítulo de un libro de biología mo-

lecular. En la diez, una señora con falda a cuadros hace múltiples copias de lo que parece ser un examen de matemáticas. Debe ser profesora, tiene toda la pinta. En la trece, un joven de nariz aguileña multiplica la prosa de Alcides Arguedas en "Wata-Wara", y en la catorce alguien que parece ser su hermano da al mundo un ejemplar más de "Cien años de soledad". Nadie parece tener prisa, ninguna máquina se desocupa, Mónica se da cuenta de la enorme cantidad de gente esperando su turno y cree que en esa tarde todos los habitantes de la ciudad se han puesto de acuerdo en fotocopiar. No se siente bien. Tanto papel por todas partes, tanto texto...Ha fotocopiado artículos y poemas prácticamente desde su infancia, pero solo hoy, solo hoy por la tarde se da cuenta de lo que significa un universo en que todos se dedican a contribuir a la proliferación de textos.

Siente un ataque de claustrofobia. El mundo se ahoga en papel, piensa recordando vagamente una cita leída en un libro de Sábato (¡tirada de diez mil ejemplares!), cita que en realidad pertenecía a Kafka, que quién sabe de dónde había sacado la idea...No, ya no quiere copiar su poema, ya no quiere ser parte de la conspiración. Porque, ¿y si a alguno de sus amigos le gusta el poema, y si decide fotocopiarlo para otros catorce amigos, y así sucesivamente, y las copias terminan tanto en una cocina, sirviendo

de envoltorio de huevos, o en un prolijo archivo para que dentro de setenta años un profesor interesado en la arqueología de su vida lo desentierre y se ufane de su descubrimiento delante de sus colegas, o en el basurero de una casa en los suburbios de Venice, California, por esos azares del correo? ¡No, no, no, mil veces no! Hay punzadas en el corazón, y un intenso, real deseo de vomitar. Se abre paso a empujones, busca la salida, necesita respirar.

Afuera de la tienda, se tranquiliza poco a poco. Emprende el retorno a casa. La tarde es agradable, de sol tibio y golondrinas que emprenden vuelos rasantes por los tejados de las casas.

Diez cuadras después, cruza por otra tienda de fotocopadoras. Decide hacer sólo dos copias del soneto. Para mis dos mejores amigas, piensa.

LA ODISEA

a J. L. B.

Para comenzar tu clase de Literatura universal, habías pedido a tus alumnos que leyeran "La Odisea". Sin embargo, debido a que olvidaste especificarles cuál traducción era la que debían leer, descubriste, en la primera página, que no todos te entendían: quisiste explicar qué era la Musa para Homero, una musa a la que pedía que "a través de él contara la historia de aquel hombre hábil para toda clase de enfrentamientos", pero dos alumnos te dijeron que la palabra Musa no figuraba por ningún lugar. Trataste de continuar, pero era imposible: los rostros de incompreensión no hacían más que multiplicarse. Se te ocurrió algo: pediste revisar los veintisiete libros existentes en la clase. En contraste, en total, cinco traducciones diferentes. Las pediste prestadas y les dijiste que las leerías en el fin de semana y luego decidirías cuál era la más conveniente. En vez de hacer eso, ¿porqué no les dijiste que leyeran la traducción de Francisco Mejía, que era la que tú dominabas y que siempre habías requerido a otras clases? Acaso porque en ese momento te diste cuenta que querías descubrir nuevas odiseas. Tu oportuno desconocimiento del griego (recordaste a Borges) te permitía ese placer.

Y así, el fin de semana, te dedicaste a leer las diversas aventuras de Ulises y compañía. Porque eran muy diversas: una versión, la de María Aguirre, colocaba a Ulises en segundo plano, le daba el rol mayor a la diosa Atenea y castigaba con furia la hogareña fidelidad de Penélope. Pedro Robles se hacía la burla, a través de los adjetivos que utilizaba (los adjetivos expresan la ideología del escritor, pensaste), del gran héroe Ulises, en realidad un simple y enamorado hombre de familia que no cesaba de llorar recordando a Itaca y a su vida burguesa al lado de Penélope. Sí, ésta era una historia de familia y también la más grande historia de amor de todos los tiempos: Ulises y Penélope, separados durante veinte años, descubren en el reencuentro que nada ha cambiado, se siguen amando como antes. ¡Veinte años separados y todavía amándose con la misma intensidad de los primeros días! La audacia de Homero no admitía competidores.

Continuando tu lectura, te topaste con la versión de Luis Casalz, influída con nitidez por las películas de aventuras de Hollywood: Ulises era visto como un antecesor válido de Indiana Jones, fuerte, inteligente, práctico y hermoso; los dioses del Olimpo se hallaban desposeídos de simbolismo mítico, ahora eran nada más que parafernalia salida del laboratorio de efectos especiales; los cíclopes y demás seres fantásticos eran parientes de

los habitantes de "La guerra de las galaxias". Luego leíste la traducción de Daniel Tannenbaum, que daba pie a pensar que el autor había leído el "Ulises" de Joyce: las hazañas de Ulises eran cosas normales para su tiempo y podían compararse con las rutinarias aventuras de cualquier hombre en la ciudad de hoy (vencer a Escila y Caribdis no era más glorioso que soportar, en una tarde de pasmoso calor, un embotellamiento del tráfico en el centro o en alguna avenida). Por último, leíste "La Odisea" de Josefina Avila, acaso la más audaz: se atrevía a ser lo más fiel posible a Homero. La literalidad era asfixiante, pero al menos le permitía a Ulises desprenderse de siglos de interpretaciones paranoicas y volver a ser el Ulises del mundo helénico por un buen rato.

La madrugada del lunes todavía no sabes qué hacer. El problema es que cada una de las versiones es, a su modo, válida. Una vez más, un lugar común te atrapa: la única "Odisea" auténtica es la escrita en griego, y cualquier traducción es ya una corrupción. Tan fácil mofarse de los lugares comunes, tan difícil eludirlos cuando te acercan... ¿Cómo, esta vez? ¿Tratando de señalar diferentes grados de corrupción y escogiendo la versión menos corrupta? Pero, menos corrupta, ¿para quien? Siempre has defendido la extrema libertad de la lectura, el derecho del lector a interpretar la obra como le parezca, in-

cluso a no interpretarla. En ese sentido, cada traducción es una lectura de "La Odisea", tan válida como cualquier otra. Tan válida, te atreves a decir, como la de Homero: odias que exista una interpretación madre, incluso si ésta se trata de la interpretación del mismo autor.

¿Y si te dejaras de complicaciones y escogieras, simplemente, la versión que más te gusta? ¿Acaso, a pesar de la pompa y la retórica grandiosa, la literatura no se reduce a una cuestión de gusto, a ese gusto que te hace preferir Raymond Chandler a Balzac? Estás a punto de hacer eso cuando se te ocurre una idea mejor.

Recordando que para tu clase es obligatorio leer al menos seis libros clásicos, decides dar a leer a tus alumnos las seis versiones de "La Odisea" que conoces: las cinco que acabas de leer, y la de Francisco Mejía. Seis libros diferentes, en verso y prosa, en el castellano de España y en el de México y Argentina, Ulises y Odiseo, el mundo helénico y la postmodernidad. Sabes que cometes una injusticia con Dante y los demás que habías planeado hacerles leer, pero te consuelas pensando en Nabokov, que decía que uno aprendía más leyendo un libro a fondo que muchos superficialmente. Por supuesto, sabes muy bien que esas seis versiones son apenas un pequeño muestrario: ¿cuántas

versiones existen que tú no conoces? No quieres ni pensarlo.

Renuevas tu promesa de décadas atrás, la de aprender griego lo más pronto posible. Pero, en el fondo, sabes que nunca lo harás.

FABULA DE LA CIUDAD BLANCA Y LOS GRAFFITI

La Ciudad Blanca nació hacia 1622, cuando a un virrey caprichoso que la visitaba se le ocurrió ordenar que todas sus casas fueran pintadas de blanco. Sus habitantes, generalmente olvidados por la autoridad, se sintieron envanecidos por el interés que el virrey parecía tomar en ellos y decidieron cumplir su orden sin protestas ni dilaciones. Con el paso del tiempo la ciudad perdió su nombre original y se convirtió en Ciudad Blanca. Los años se sucedían, los siglos se sucedían, y las casas y los edificios y los monumentos y todo aquello que formaba parte del paisaje urbano (bancos en los parques, faroles en las calles) eran pintados de blanco, sin que nadie se atreviera a contrariar la norma, ni siquiera partidos políticos en tiempos de elección. Sus habitantes, al ser preguntados por el porqué de persistir de manera tan obsesiva cumpliendo dicha costumbre, respondían que la tradición tenía razones que la razón no conocía.

Así continuó la historia, hasta que un día de marzo de 1990 una de las paredes del edificio de la Prefectura amaneció con un graffi-

ti de letras anaranjadas atravesándola de lado a lado: *Quién apresó el relámpago del frío y lo dejó en la altura encadenado?* Era la afrenta mayor, la bofetada artera y audaz. ¿Quién podía haberlo hecho? ¿Un individuo actuando por su cuenta, o, por esas mezquindades propias del regionalismo, los agentes de una ciudad como Piedrales? Conjeturas iban y venían, el orgullo enardecido de la población exigía venganza. La Prefectura retornó a su blancura original, se incrementó la vigilancia policial de edificios públicos, se ofreció recompensa por la captura del culpable. Al día siguiente, la catedral ostentaba, en letras violetas, un graffiti que decía: *Que sea larga tu permanencia bajo el fulgor de las estrellas.*

Después, pese a denodados intentos de la policía, de las tropas del ejército que el gobierno había puesto a disposición de Ciudad Blanca (“¡Un ataque a cualquiera de sus paredes es un ataque a la nación entera!”, había dicho el presidente), de investigadores privados, de ciudadanos organizados en grupos encargados de vigilar sus barrios, los graffiti continuaron apareciendo, uno por día y en diversos colores: eran, entre otros, *Ay más que sangre somos huesos, cal que nos roe lágrima a lágrima*, y *Una flor que llaman girasol y un sol que se llama girafior* y *El silencio es una rosa sobre su pico de fuego* y *Plural ha sido la celeste historia de mi corazón* y *Detente, som-*

bra de mi bien esquivo y ¡Oh, cómo te deslizas edad mía! Las paredes volvían a ser pintadas de blanco, pero era inútil, el proceso comenzaba al día siguiente.

El invierno de aquel año encontró a la ciudad envuelta en una atmósfera de depresión colectiva. No habría paz hasta que no se encontrara al Poeta (la imaginación popular había bautizado así, sin mucho esfuerzo, al autor de los graffiti). Las teorías para develar el enigma proliferaban. Alguien especuló que la solución se hallaba en el *fondo* y la *forma* de los graffiti, pero por ahí no se llegó a mucho, apenas a la conclusión de que la poesía era un misterio, lo cual no sorprendía a nadie: para los habitantes de Ciudad Blanca, *la poesía siempre había sido un misterio*. Alguien insinuó que se arrestara a todos los poetas y lectores de poesía de la ciudad (que eran pocos), idea que sedujo a muchos pero que el Prefecto descartó por considerarla poco sutil.

Lo cierto era que algo debía hacerse, de manera urgente. Entonces fue que a alguien se le ocurrió que no sería mala idea intentar combatir al Poeta con sus propias armas: acaso si, una mañana, todas las paredes de la ciudad (y no sólo las paredes, sino todo aquello que se hallaba pintado de blanco) amanecieran pintarrajeadas con graffiti, entonces el Poeta no podría continuar con su obra, y quizás después de un tiempo enten-

dería la decisión unánime del pueblo de preservar sus tradiciones a toda costa, y se daría por vencido. Luego, los graffiti serían borrados y todo volvería a la normalidad. La idea fue tildada de ridícula al principio, pero ante la falta de otras opciones fue ganando aceptación; la prefectura la aprobó, y se eligió el dos de julio como el día en que se llevaría a cabo el plan. Un millonario donó a la ciudad un cuantioso número de libros de poesía, para que éstos fueran saqueados a su antojo por los ciudadanos.

El dos de julio, la ciudad era un graffiti inmenso, un poema hecho siguiendo la técnica del *collage*. Frases de todos los colores, letras de todos los estilos, poetas de todas las edades adornaban Ciudad Blanca. Era una orgía de luces y contrastes, una explosión de sentido y sinsentido, un encuentro y desencuentro de caligrafías y versos. *Cosa grave es la esperanza junto a Nada como la esperanza, Hay golpes en la vida con No hay nada más sin golpes que la vida.* Los ciudadanos, caminando sobre el poema, se congratulaban por la labor cumplida.

Sin embargo, cuando quisieron volver a la normalidad, se dieron cuenta que no podían: todas las frases que eran borradas un día retornaban insidiosas, a la vez ambiguas y precisas, reveladoras e impenetrables, al día siguiente.

Hoy, Ciudad Blanca es conocida como Ciudad Graffiti.

LOS SIETE GATOS GRISES

a José Donoso

La primera vez que me visitó la imagen de los siete gatos grises la juzgué fascinante y traté de sacarle provecho, de utilizarla como punto de partida para un cuento o de entrelazarla en algún recodo de una historia compleja, acaso en algún capítulo de mi estancada novela. Pero todos mis intentos fueron vanos y después de ir a dar a varios puntos sin retorno decidí tratar de olvidar la imagen, descartarla de mis archivos literarios. No fue posible: ella, obsesión de obsesiones, retornaba a mí en sueños, en pesadillas, en clases de ciencias políticas, en el sublime climax del sexo.

De modo que aquí estoy, intentando escribirla, tornarla en palabras para exorcizarla así de mí. Es una imagen inconexa, carece de un antes y un después, viene desprovista de antecedentes, no es el eslabón de un argumento, la clave para entender alguna narración, un símbolo de perversa ambigüedad: en suma, no pertenece a la literatura, al menos a lo que yo entiendo por literatura; es, pura y exclusivamente, una imagen: al alba, al salir de casa para dar mis acostumbradas vueltas

a la manzana, observo, en la acera del frente, desperdigados, siete gatos grises muertos.

Puedo proveerla de algunos antecedentes: dos años atrás la gata de los Gamarra, que viven al lado de mi casa, dio a luz a los siete y falleció. Los Gamarra obsequiaron los gatos a casi todo el vecindario. Uno de ellos llegó a dar a mí. Y se sucedieron dos años y los gatos vivieron felices y nosotros también, hasta que un día aparecieron muertos. Entonces, las sempiternas preguntas: ¿quién lo hizo? ¿Y por qué? Sé que respondiendo estas preguntas podría escribir un cuento meritorio, pero no llego más allá de la invención de algunos personajes y después todo es bruma, la historia se disuelve sin haberse iniciado, la trama agoniza sin ver la luz, todo es bruma, nada más que bruma.

Pudo haber sido Miguel, el hijo de los Álvarez que me trae vagas reminiscencias al Tadzio de Thomas Mann; elegirlo como culpable me proveería de dos convincentes párrafos acerca de la crueldad de los niños. Pudo haber sido Pamela, diecisiete años, recién abandonada por su primer amor; de una manera elíptica, sugestiva, podría vincular este abandono con la necesidad de un desahogo, una catarsis de los instintos primitivos que alberga todo ser humano. Pudo haber sido el doctor Espinoza, quien, después de haber leído la noche anterior a Poe, habría cobrado una exorbitante aversión hacia los gatos; ello

me daría oportunidad para abordar el tema del poder de sugestión de la gran literatura, de su influjo en nuestra existencia, tema caro a todo escritor, quizás la principal víctima de ese poder de sugestión. Quizás la única víctima.

Pudo haber sido Roberto Lozada, universitario, quien continuaría así la trayectoria de su padre, para quien no había diversión mayor que la de ahogar canarios, de su abuelo, que poseía cuarenta y nueve técnicas para torcer pescuezos de gallinas, y así sucesivamente; podría, entonces, desarrollar el tema de la imposibilidad de escapar al llamado de la sangre, al feroz clamor que corre de generación en generación, tema que por sus inevitables reminiscencias podría constituir al cuento en un homenaje privado al hombre que imaginó Yoknapatawpha antes que nadie.

Pudo haber sido mi madre, sin motivos discernibles; ello me podría enviar a las filas de la *avant-garde*, porque no hay tema más contemporáneo que la ausencia de motivos, de racionalidad en nuestras acciones. Elogio de la tautología: lo hizo porque lo hizo. Lo hizo porque no tenía porqué hacerlo. Simple, lisa y llanamente, lo hizo.

Pude haber sido yo: podría así escribir un lacerante autoanálisis, desnudar los monstruos que me habitan, exhibir la podredumbre de mis ciénagas interiores, convertir mis corrupciones en una temible metáfora de la condición humana.

Pudo, en fin, haber sido algún desconocido. Habría un detective asignado al caso. La búsqueda abandonaría el vecindario, se prolongaría por toda la ciudad, y terminaría abarcando todas las ciudades del planeta, que no serían más que diferentes rostros de una misma ciudad. No habría solución, el orden de las cosas no sería restituído. El asesinato, libre, musitaría en la última página que si Dios no existe todo está permitido. Así, en una sola historia, se entremezclarían Conan Doyle y Melville, Borges y Calvino, Kafka y Dostoievski: el sùmmum del postmodernismo, la intertextualidad en su apogeo, la gloria de la reescritura, de las citas, del collage, de los universos prestados para crear un nuevo universo, de la unificación de las narraciones en la Narración.

No podría terminar de enumerar todas mis opciones: tengo tantas que me permitirían continuar con mis ambiciones literarias, proseguir construyendo al escritor que quiero ser... Tantas pero nada, ninguna cobra vida, la bruma lo difumina todo y los siete gatos grises permanecen desperdigados en la acera del frente, su fetidez empezando a contaminar el vecindario. Y debo contentarme con estas digresiones, estos ocho párrafos acerca del infinito de posibilidades de la literatura confrontadas con la duda, la inexperiencia, el pavor, acaso la mediocridad del hombre enfrentado a ellas.

EN MEMORIA DE IVAN ZALDIVAR

Hoy se cumplen cinco años del fallecimiento de Iván Zaldívar. A manera de homenaje merecido, es justo recordar un poco su escasa pero lúcida trayectoria. Un poco, porque él no hubiera querido más.

Iván Zaldívar nace en Tarija, Bolivia, el treinta y uno de diciembre de 1947. A los catorce años abandona el colegio e ingresa a trabajar de ayudante de tipógrafo en una imprenta; en los ratos libres, lee con avidez y escribe cuentos. En 1967 publica su primer libro de cuentos, "Ausencia". El libro, que consta de diecisiete cuentos en que el más largo no excede las cuatro páginas, es recibido con elogios por la crítica y el público, que admira en él su abordaje breve, elíptico pero a la vez profundo y sutil de los temas esenciales de la aventura humana. Ese mismo año, en la única entrevista que concede en su vida, declara su amor por lo breve, y dice que su máxima aspiración es escribir la más bella narración, tan compleja como "Los hermanos Karamazov" o "Gran Sertón: Veredas", en el espacio de una página, "y si fuera posible de un párrafo, y si fuera posible de una

línea, y si fuera posible de una página en blanco". Dice también que desconfía del lenguaje, que las palabras sirven más para esconder que para revelar, y que la tarea del escritor de hoy es "encontrar un nuevo lenguaje, o una nueva forma de expresión que pueda llegar a los lugares donde el lenguaje no llega, que pueda revelar lo que el lenguaje no puede".

Después de once años de mutismo absoluto, en que nadie sabe nada de su paradero (acaso una villa perdida en las selvas del Beni, acaso un poblado de pescadores en Japón), Zaldívar publica en 1978 su segundo libro de cuentos, que no lleva título. En dicho libro, que continúa abordando los temas del primero pero de una manera aun más profunda, la parquedad ha sido explorada hasta los límites mismos de su disolución: ninguno de los diecisiete cuentos que lo conforman excede una página. El silencio sobrevuela cada una de las narraciones y le presta unidad; los personajes, más que hablar, balbucean: tienen muy poco que decir, y ese poco es prácticamente inexpresable; los decorados son austeros; las descripciones de personas, situaciones y paisajes, mínimas pero de una máxima precisión. El tono general es de desolación, melancolía, angustia. El libro repite el éxito de crítica y de ventas del primero. Zaldívar, acosado por la prensa y sus admiradores, se niega a hablar y se refugia en una po-

blación del altiplano paceño. Las cosas que se saben de él hasta entonces son muy pocas: no se había casado, no se le conocían aventuras amorosas; no salía de su casa para nada; no le gustaban el cine ni la televisión, leía muy poco (lo único que le había producido admiración eran algunos textos de Beckett y las fábulas de Monterroso) y escribir para él era un suplicio; desdeñaba por igual la fama y la gloria de la eternidad literaria; era indiferente a la política y al dinero; era, en palabras de un crítico de reconocido prestigio, “un espíritu austero, acaso más austero que el altiplano en que se recluyó”.

Los años 80 marcan la época de su proyección universal. Ya para 1983 sus cuentos han sido traducidos a cuarenta y siete idiomas y abundan los premios internacionales y los doctorados honoris causa (que no se molesta en aceptar ni rechazar). En 1984, Zaldívar publica la obra que sacude al mundo literario: no tiene título y sus cincuenta y seis páginas carecen de una sola palabra escrita. Así, sus devaneos con el silencio llegan a su punto máximo de expresión. Las interpretaciones se multiplican: cada lector, enfrentado con las páginas en blanco, encuentra en ellas lo que le parece (“como en cualquier novela”, opina la semióloga Ada Fernandez), pero hay una suerte de consenso en señalar que la obra es en extremo “angustiosa, melancólica y desoladora”. La crítica, esta vez,

no es unánime en el aplauso: se señala que si bien la obra de Zaldívar es capaz de revelar lo que el lenguaje no puede, es al mismo tiempo capaz de esconder lo que el lenguaje no puede. También se habla de una capitulación, de una escritura impotente para defenderse ante los embates “de la incomunicación entre los hombres, del silencio, del absurdo, de la nada”. Los más extremistas opinan que el mundo de Zaldívar “prescinde no sólo del lenguaje como medio de expresión, sino del escritor como parte integral de una sociedad, un tiempo, una historia”.

Ajeno a todos aquellos debates, el cuatro de diciembre de 1985, a los treinta y siete años de edad, Iván Zaldívar fallece a consecuencia de un ataque cardíaco. Su legado reside en las escasas páginas de una obra lúcida y admirable y en su ejemplo de “despojamiento perfecto”. Hoy, la influencia de sus libros, en especial del último, es inmensa en las nuevas generaciones de escritores: cada vez existen más poemas sin palabras, cuentos sin títulos, novelas de capítulos sin palabras. El escritor del momento, el italiano Franco Barucchi, ha llegado a ese sitio con sólo dos libros publicados y ni una palabra escrita. Pero la influencia de Zaldívar no se detiene en los escritores: la parquedad abunda hoy tanto en discursos presidenciales como en tesis de grado, los periódicos y revistas disminuyen constantemente sus páginas,

la televisión transmite partidos de fútbol sin locución, las conversaciones cotidianas son escuetas, la concisión envuelve las ciudades del mundo. Incluso, una popular actriz alemana ha declarado que le gustaría "hacer el amor con el absoluto silencio cargado de significados de una página de Zaldívar".

Si bien, a despecho de sus éxitos de hoy, es todavía imposible pensar que algún día el silencio zaldívariano se instituya como la forma más universal de comunicación entre los hombres, no lo es pensar que gracias a Zaldívar la palabra, usada y abusada hasta la saturación, se ha dado una pausa y ha iniciado el camino de recuperación de su original esplendor e importancia. Esa, y no otra, es la principal contribución de Iván Zaldívar a la literatura y al mundo. Hoy, a cinco años de su muerte, es justo reconocerlo por un instante. Por un instante, porque él no hubiera querido más.

PENELOPE

Ernesto conoció a Nicola en Amberes un martes a la hora del crepúsculo, cerca de la catedral sitiada por turistas deseosos de conocer una catedral sitiada por turistas; él se dirigía a su departamento después de clases de economía internacional cuando ella lo detuvo y le preguntó por el camino más corto para llegar a la casa de Rubens; él, al responder, miró el rostro y encontró los grandes ojos grises y las cejas pobladas y no quiso separarse más de ella. Una charla breve lo enteró de que ella viajaba por Europa en tren y no tenía dónde dormir esa noche; después de explicarle que a esa hora Rubenshuis ya estaba cerrada, le ofreció un espacio en su living y mostrarle Amberes al día siguiente. Ella aceptó: ése fue el inicio.

Esa noche, casi sin palabras y de una manera tan natural que terminaba por parecer exageradamente innatural, ambos se descubrieron atraídos el uno por el otro; después del primer beso, en la cocina después de una cena de tallarines y vino blanco, él quiso teorizar y llamar a lo que les sucedía amor a primera vista; ella se rió con un tono burlón y le pidió un pacto de silencio con respecto a definiciones acerca de lo que les

ocurría. *Dejemos hablar al viento*, dijo, y a Ernesto le gustó la frase, la encontró muy original. Después, dejaron hablar al viento. A las cuatro de la mañana, sólo el agotamiento físico logró hacerlos dormir.

El miércoles, el conocimiento que Nicola logró de Amberes se redujo al departamento de Ernesto, del cual no salió hasta la noche, en que de manera intempestiva se levantó de la cama y decidió continuar viaje pese a los ruegos de Ernesto, el tren a Berlín partía en una hora. Mientras se lavaba la cara balbuceó una promesa de un pronto retorno, y él no supo si llorar o creerle. Después de agotar imploraciones, decidió creerle. Quiso saber más de ella antes de la pronta despedida pero ella permaneció en la reticencia. No quiso decirle cuál era su apellido, ni darle su dirección o su teléfono, ni tan siquiera el nombre de la ciudad donde vivía. Arregló su cabellera rubia, se colocó un pantalón azul sucio y raído, ordenó sus escasas pertenencias en su mochila y trató de susurrar una despedida. Ernesto no la dejó; acaso recordando grandes momentos románticos del cine, le dijo que la acompañaría a la estación. Al rato, ambos salieron a la llovizna de la noche.

En la estación, hubo abrazos y besos apasionados; también, la promesa de ella de mandar una postal de cada ciudad que visitara hasta el día de su retorno a Amberes; también, la promesa de él de ser su Penélope

en la nueva Itaca, de aparentar dedicarse a sus estudios y al presente mientras en realidad se dedicaba a esperarla. El tren a Berlín llamó por última vez a sus pasajeros, y Nicola lo abordó y él intentó buscar su rostro en los rostros de emociones dispares en las ventanas, y no lo encontró. Mientras el tren desaparecía de la estación, Ernesto tembló ante la visita vívida de la imagen de los dos lunares que había encontrado yaciendo juntos en el seno izquierdo de Nicola.

Después vinieron, crudos, implacables, días y más días ausentes de Nicola. Era febrero, y Ernesto terminaba su año de intercambio en la universidad en mayo, para luego retornar a Bolivia; pero, ¿retornaría, si hasta esa fecha no retornaba ella? Tenía la certeza de que no lo haría. Bolivia se había esfumado repentinamente de su vida, así como se habían esfumado su familia, sus amigos, la misma universidad. Poco a poco dejó de asistir a clases, de salir de su departamento hacia calles siempre ajetreadas, bares siempre alegres y bulliciosos. Lo suyo era una obsesión, lo sabía, pero no podía hacer nada por combatirla: ¿y si en una de esas salidas regresaba Nicola y sucedía el desencuentro? Mejor quedarse en ese microcosmos de empapelado barato y una radio de locutores que hablaban un holandés que le era incomprendible, a lo sumo escaparse hacia el supermercado de la esquina o hacia el buzón

del correo que deparaba, ominosas en su constancia, postales que en el anverso enseñaban que aunque una ciudad no fuera fascinante, un fotógrafo de clase podía lograr que lo fuera, y en el reverso nada más que su nombre y su dirección escritos en letra infantil, ni una línea más de ella, ni siquiera un saludo de compromiso, una frase de ocasión, maldita sea mil y más veces. ¿Y cómo enojarse con ella? Después de todo, ella no había prometido escribir sino enviar postales.

Mayo llegó pero ella no. Las ciudades, que habían elaborado un abanico desde Alemania a España en el mapa en que Ernesto trazaba su trayectoria, se habían tornado africanas por ese entonces. Ernesto, que había perdido el año en la universidad, logró con descaradas mentiras que la generosidad de sus padres se convirtiera en estupidez y fue obsequiado con el financiamiento de un supuesto viaje cultural por Europa. Con ese dinero, y con el que obtuvo vendiendo muebles y utensilios de su departamento hasta quedarse nada más que con un colchón en una esquina de su dormitorio y una lámpara de noche, pensó que le alcanzaría para subsistir hasta diciembre. Ya en esos días tenía la barba crecida y solía pasar horas enteras tirado en el parkett mirando al techo del living; lloraba seguido, farfullaba himnos militares aprendidos en su adolescencia, y en las noches tenía

el sueño recurrente de que ella había muerto en el descarrilamiento de un tren. Un día un amigo peruano lo visitó de sorpresa y lo encontró desnudo, masturbándose; Ernesto lo miró con los ojos vacuos, incapaz de reconocerlo, y el peruano se fue y no volvió más.

En noviembre retornó la esperanza, cuando las primeras postales del sur de Italia empezaron a llegar. Ella emprendía el retorno, ella pronto estaría por aquí. Sin poder contener la euforia, fue trazando en el mapa las líneas que le indicaban esas imágenes rectangulares que simulaban la realidad con desenfadado artificio: Napoli, Roma, Firenze, Venezia, Viena, Munich, Heidelberg, Amsterdam, y el primer lunes de diciembre, Bruselas. ¡Bruselas! A sólo cuarenta minutos de Amberes... Con la seguridad de que ella llegaría esa semana, ese día él se afeitó, compró un barato vino blanco, y barrió el polvo interminable y las ubicuas pelusas que creaban surreales animalillos en el departamento. Antes de dormir, pensó que no había cumplido con la promesa que le había hecho a Nicola en la estación, de aparentar dedicarse al presente mientras se dedicaba a esperarla. No había aparentado nada, se había descolgado del tiempo y del espacio por casi todo un año. Las cosas que uno hace por amor, fue la última frase que dijo con orgullo antes de caer en el sueño.

El martes, nada sucedió.

El miércoles, Ernesto recibió una postal de Amberes. ¡Ella estaba en la ciudad! Presa de la excitación, su primer impulso fue tratar de descifrar el matasellos de tinta desvaída y correr hacia ese lugar, pero sus esfuerzos fracasaron. No le quedaba más que esperar. Se dedicó a caminar con frenesí de un lado a otro del departamento mientras el sudor humedecía su cuerpo y su ropa. Al más mínimo ruido en el pasillo afuera de la habitación, corría hacia la puerta y la abría con fuerza. Nada. La noche llegó sin rastros de Nicola.

El jueves, la tensión le hizo pensar repetidas veces en el suicidio. Pero decidió esperar.

El viernes, vació la botella de vino y vomitó al mediodía y al atardecer.

El sábado, alrededor de las once de la mañana, Ernesto recibió una postal de París y repentinamente comprendió todo. Comprendió que ella seguiría su viaje por el resto de su vida porque ése, no el de Ulises, era su destino. Comprendió que Amberes jamás había sido la nueva Itaca, tan sólo un punto más de un itinerario azaroso. Comprendió que él jamás había oficiado de Penélope, que su rol había sido tan sólo el de magnífico imbecil engañado por el amor. Arrojó la postal al suelo, y bajo un pálido sol fue a caminar sin rumbo por las calles de la ciudad. Pensó que ya era hora de retornar a Bolivia. Se sintió en paz: la decepción había llegado, pero también la lucidez.

Pero apenas se encontró nuevamente en su departamento, a la hora del crepúsculo, la imagen de Nicola volvió a él con fuerza, y, tratando de contener las lágrimas, tuvo miedo del futuro.

VIAJE A OXFORD

a W.F.

Después de leer los letreros que anunciaban la cercanía de Natchez Trace, Jorge le dijo a su padre que ya se hallaban a punto de entrar en reserva y que lo más conveniente era llenar el tanque antes de ingresar a dicho tramo, pues éste les tomaría por lo menos una hora y en él no encontrarían ninguna gasolinera. Su padre asintió. Mientras me encuentre en este país, dijo, tú decides. En Bolivia es otra historia. Jorge lo miró por un instante y supo que no había caso, que a pesar de todas sus esperanzas él jamás cambiaría. Apenas vio una gasolinera, disminuyó la velocidad.

Una vez apagado el motor del Chevrolet Cavalier rojo, Jorge le preguntó a su padre si quería algo. Un paquete de Marlboros, fue la respuesta. Jorge bajó del auto, llenó el tanque y entró a la tienda; se acercó a la cajera, una obesa mujer de alrededor de treinta años que poseía, como única y suficiente belleza exterior, un par de ojos verdes de conmovedora, intensa dulzura.

—Would that be all?—preguntó ella. Jorge pidió un paquete de Marlboros. Luego pagó.

—Have a nice day.

—You too—respondió Jorge, saliendo de la tienda y retornando al Chevrolet. Hacía calor, la humedad adhería la camisa a su cuerpo, las nubes se habían ido disipando a medida que avanzaba la mañana. Gracias, dijo su padre, y encendió un cigarrillo. Jorge reanudó la marcha.

—Allá vamos, Willy—dijo.

Jorge obtenía en 4 días el B.A. en periodismo y su padre había venido desde Bolivia para asistir a la ceremonia. Con los exámenes ya finalizados y con lo poco por ver ya visto en Huntsville, la ciudad donde se hallaba su universidad, Jorge había propuesto viajar a Oxford, Mississippi, a conocer la ciudad de William Faulkner. Eran sólo cuatro horas de viaje. Su padre había aceptado a condición de no tener que manejar. Jorge se había emocionado mucho con la idea, tanto que la tensa felicidad del reencuentro con su padre y de la cercana graduación habían pasado por un momento a segundo plano: siempre había querido visitar la ciudad (y siempre algo se lo había impedido) del escritor que más admiraba, del hombre cuyo ejemplo lo incitaba a consumirse en noches y madrugadas escribiendo y a soñar con tornarse escritor algún día. Sin embargo ahora, en la Natchez Trace, rodeado de bosques de pinos y cada vez más cerca de Oxford, Faulkner se había escondido en algún recodo de su mente y sus pensamientos y sensaciones merodeaban en torno a su padre.

Su padre: repitiendo un gesto de adolescencia, lo miró de reojo. ¿Es que siempre lo tenía que mirar de reojo? Por un tiempo, después de recibir su llamado tres semanas atrás comunicándole que había decidido asistir a su graduación, Jorge había pensado en la posibilidad de una reconciliación. Tiene que haber cambiado, se decía, después de todo está viniendo. Hizo planes que incluían largas charlas en algún bar, al calor de buen jazz y cerveza de barril. Le contaría de sus planes y le preguntaría acerca de su vida: ¿cómo había sido su infancia? ¿Había participado en la revolución del 52? ¿Cómo había vivido su primer amor? ¿Y qué de sus años de exilio en Venezuela? ¿Todavía la amaba a su madre? Eran tantas las cosas que podía preguntarle que se sintió avergonzado de saber tan poco de él: sí, había sido un imbécil incapaz del primer paso. Recordó una tarde en que había golpeado a la puerta cerrada de su escritorio, y una voz quebrada le preguntó que quería, y él dijo que si le podía dar algunos pesos para el cine, y la voz respondió que sí, por supuesto que sí, y cuando se abrió la puerta Jorge vio un rostro de inconsolable tristeza, pero al rato sintió las monedas en su mano y se despidió. Nunca más, hasta ahora, había vuelto a recordar aquel rostro.

En Natchez Trace, aquel día, la desolación era excesiva: uno que otro auto de rato en rato, una que otra ardilla. A los bordes

del camino, en extraña y fascinante combinación, árboles secos color polvo, dignos del otoño, alternaban con el esplendor primaveral de árboles pródigos en verde. Jorge se hallaba cansado de manejar. Volvió a mirar a su padre que, en silencio, fumaba y contemplaba el paisaje. Pensó que si de algo estaba seguro era de no haber sido él el culpable del distanciamiento. Recordó el encuentro en el aeropuerto, el abrazo frugal, las escasas palabras; recordó los dos días siguientes hasta el día de hoy, el retorno de esa sensación de la inminencia de una comunicación que siempre tenía cuando se encontraba con su padre: comunicación que muy pocas veces se realizaba: en general, la elusividad los regía, las palabras no eran pronunciadas, los sentimientos no eran expresados. El no lo hacía porque esperaba que su padre tomara la iniciativa: por algo era su padre. Y su padre, ¿por qué no lo hacía? Al venir hasta acá, ¿no lo había hecho? Esa había sido la primera conclusión, pero ahora Jorge no podía menos que pensar que su padre había decidido asistir a la graduación porque acaso intuía que estaba obligado a estar presente en ella. ¿Le importaba de veras? No, no lo creía.

Y aquí estaban, pensó Jorge, alejados del país y sin intercambiar entre ellos nada más que lo necesario, acaso contando los minutos para que la ceremonia de graduación concluyera y ambos pudieran retomar sus vidas.

Pensó increparlo, mirarle a los ojos y preguntarle qué cuernos le sucedía, si pensaba quedarse callado hasta el día de su entierro. Pero no, sabía que no lo haría: era incapaz de esos desbordes temperamentales. Reprimiría sus emociones. En ese instante, una idea lo estremeció: al reprimirse, ¿no ponía en movimiento una cualidad heredada de su padre? ¿No se parecía a él más de lo que se hallaba dispuesto a aceptar? ¿No se hallaban unidos por medio de una compleja relación especular? Y Jorge se imaginó a sí mismo dentro de veinte años, sentado en silencio y fumando al lado de su hijo, mientras éste manejaba un Chevrolet Cavalier rojo en dirección a Oxford, a la casa de William Faulkner.

—Hace años que no leo a Faulkner—dijo su padre—. Pero tengo muy buenos recuerdos de él. Por un tiempo fue mi gran pasión.

—¿De veras?—dijo Jorge, sorprendido. Un Mazda los sobrepasó a gran velocidad, pudo distinguir que una mujer lo conducía.

—Sí. Fue en mis días de exiliado, cuando vivía en una pensión de quinta en Caracas. Tú tuviste suerte. Yo no tenía un centavo para extras y mi compañero de cuarto era un argentino que se la pasaba leyendo. Yo leía sus libros. Sólo recuerdo un montón de novelas de Perry Mason y otro tanto de Faulkner, qué combinación. Perry Mason me gustaba mucho: lo leía y punto, todo se acababa ahí. Faulkner era otra cosa, difícil de entender.

pero magnífico, magnífico. Y, ¿lo creerías?, hay frases e imágenes que jamás pude olvidar. Recuerdo, sobre todo, un personaje: Bayard Sartoris. Nunca olvidaré su melancolía, sus alocados viajes en auto, en caballo, en aeroplano... También recuerdo "Palmeras salvajes", sobre todo la historia de la pareja. Y "Santuario" y Temple Drake, así creo que se llamaba, ¿no? Y el cuento de la mujer que dormía con el cadáver de su novio. Y ese otro, el del establo que se incendió y el chiquillo que no sabía si ser fiel a su padre, al llamado de la sangre de la familia, o a sí mismo.

Hizo una pausa.

—Oh sí, Faulkner, el gran Faulkner—continuó—. ¿Sabías que por unos días quise ser escritor? Sí, estoy hablando en serio, el prosaico ingeniero que tú ves aquí quiso algún día ser escritor... Pero claro, lo único que hacía era remedar torpemente a Faulkner. Después de un mes de hacer el ridículo conmigo mismo y con mi compañero de cuarto, renuncié. Y, lo que es la vida, al año el argentino se fue y nunca más volví a leer a Faulkner. Pensé hacerlo varias veces, pero nunca lo hice. Y ya ves, treinta años pasaron como si nada y jamás lo hice.

Jorge quiso decir algo. Pero no supo qué.

—Tu pasión por Faulkner me hizo recordar mucho esos días—continuó su padre, que hablaba sin dejar de mirar hacia el horizonte—. Pero espero que tú seas diferente.

Nunca me mostraste tus escritos, pero confío en que tú no renunciarás. Confío en que lo tuyo no es pasajero, y en que escribirás las cosas que yo no pude escribir. Y volverás a decir a todos, porque es necesario volverlo a decir de tiempo en tiempo, que entre el dolor y la nada es necesario elegir el dolor. Que amor y dolor son una misma cosa y quien paga barato por el amor se está engañando. Que no hay mejor cosa que estar vivos, aunque sea por el poco tiempo en que se nos ha prestado el aliento.

Jorge se desvió del camino y apagó el motor.

—Papá...—dijo—. ¿Me puedes mirar?

El padre, lentamente, giró el cuello y enfrentó sus ojos cafés a los ojos cafés de Jorge.

—Papá.

—¿Sí?

—Nuestra relación no ha sido lo que podría llamarse una relación ejemplar, ¿no?

—No tenía porqué haberlo sido. ¿Conoces alguna?

—Pero podía haber sido mejor.

—Podía.

—¿Ya es tarde?

—Hay cosas de las que es mejor no hablar.

—Te quiero mucho, papá. Muchísimo.

—Ya lo sé—dijo el padre, y le tomó el hombro derecho con la mano izquierda. Fue

una caricia suave, fugaz—. Ahora vuelve a manejar.

—Me gustaría charlar un rato.

—Podemos charlar mientras manejamos.

Jorge hizo una mueca de disgusto, encendió el motor y reanudó la marcha.

El disgusto, sin embargo, no duró mucho. Al rato, a la vez resignado y optimista, pensó que las cosas se habían dado de esa manera y que de nada valía lamentarse por lo no sucedido: no, no valía la pena amargarse por todas las palabras no pronunciadas y todos los sentimientos no expresados; más bien, todo ello le daba más fuerza y significado a los escasos encuentros que se daban entre ellos. Pensó en Faulkner. Habrán más Faulkners, se dijo. Es cuestión de excavar.

Luego pensó que lo único que estaba haciendo era racionalizar una situación sin salida para hacerla de ese modo soportable. ¿Eso era lo que estaba haciendo? La posibilidad existía, y no le hubiera sorprendido si ella fuera verdad, pero era muy difícil arribar en ese momento a una conclusión definitiva. Necesitaba analizar las cosas con calma. Necesitaba tiempo.

Enfrentando con la mirada la excesiva, intimidatoria belleza que los cercaba, Jorge dijo en voz alta que el día era muy hermoso.

—Sí—dijo su padre—. Muy hermoso.

Y Jorge hizo una sonrisa ambigua, acaso sincera, acaso irónica.

LA ENTREVISTA

Cuando se hallaba revisando periódicos pasados en busca de un artículo de un poeta amigo acerca de Fernando Pessoa, el escritor Jaime Zegarra se encontró con una entrevistada al escritor Jaime Zegarra, acompañada en el costado superior derecho por el torpe dibujo del rostro familiar, la mirada huraña detrás de los gruesos cristales de los anteojos, la nariz prominente, el ceño fruncido. Por lo general nunca leía entrevistas (le daba náuseas la convencionalidad de las preguntas, la convencionalidad de las respuestas), y menos una suya, pero aquella mañana una intuición lo condujo a la lectura.

Fue sorteando sin pasión preguntas y respuestas. Las respuestas, lo había sabido de antemano, no daban una imagen siquiera cercana de Jaime Zegarra: era privilegio de ingenuos, de aprendices, contestar verdades a un periodista que se arrogaba el derecho de exigirles a nombre de un público cuyos reales intereses residían en las páginas deportivas o en las secciones de finanzas o policial. Las respuestas eran parte de una fachada que, a lo sumo, le permitía al autor de "Asedios a la ausencia" crear uno más de sus característicos personajes, esos poco confia-

bles individuos esforzados en inventarse vidas para los ojos de los demás con el esencial propósito de vivir, sin tener que dar explicaciones, la verdadera vida en un tiempo y una condición que se les antojaba intolerable.

Sin embargo, al final de la entrevista se encontró con una sorpresa. La última pregunta era: *¿Le tiene usted miedo a la muerte?* Sí, leyó la respuesta, *le tengo miedo. Mucho miedo. Es más, escribo para vencer a la muerte.* Zegarra se sacó los lentes y volvió a leer, una y otra vez, la pregunta y la respuesta finales. Pensó primero en un error de imprenta. Pero no, esa idea debía ser desechada: los errores de imprenta eran incorrecciones gramaticales o frases eliminadas por una distracción del fotógrafo; su respuesta, en cambio, era diferente tanto en forma como en contenido. Alguien la había alterado intencionalmente. Fue entonces que su imaginación recaló en la entrevistadora.

Ella era una principiante que merodeaba los veinte años y que parecía hallarse consciente de que su inexperiencia no la llevaría muy lejos con Zegarra. Desde las primeras preguntas había perdido la iniciativa y ni siquiera había intentado recuperarla, dejando que Zegarra dictara el tono de la entrevista. Dejando el periódico sobre el montón apilado en el suelo, al lado del sillón de su escritorio en que se encontraba sentado, Zegarra hizo

un esfuerzo de concentración y trató de recordar el nombre (¿por qué diablos el artículo no mencionaba su nombre?). No, no recordaba su nombre, pero sí su nerviosismo en el temblor de la voz, su exagerado respeto por el hombre que tenía delante suyo (cada dos frases había pedido disculpas por su intromisión en la privacidad de Zegarra), la profusión de pecas y la cabellera negra formando una elegante cola de caballo que se deslizaba con armonía hacia la derecha de su rostro aññado. También recordaba el cuerpo delgado y la escasez de talento en la combinación de colores de su vestimenta (un aire similar al de Patricia Eguren en "Sombras", había pensado aquella vez. ¿Me habrá leído?).

Sí, ella rompía los moldes periodísticos nacionales y, al menos por la forma en que hablaba de sus libros, parecía haberlo leído con atención. Una buena porción de la entrevista, casi al final, había versado exclusivamente sobre sus estrategias narrativas y sus obsesiones temáticas, sin olvidar el tópico de las influencias (yo no tengo nada propio, había respondido con fingida modestia, recordando haber leído esa frase en alguna parte, yo no soy semilla sino terreno. Todos los escritores que he leído han sido semillas que al ir a dar a mi terreno han producido, combinadas al azar, una cosa muy diferente). Al final, sin embargo, la entrevista había retornado a cauces más trillados. *¿Usted le tiene*

miedo a la muerte? No, dijo Zegarra en voz baja reviviendo su respuesta; no le tengo miedo a la muerte. Curiosidad sí, como cuando uno está a punto de embarcar en un viaje que lo llevará por territorios desconocidos, pero no miedo. No miedo.

Zegarra se levantó del sillón y salió al jardín. Fedro dormía en el pasto, indiferente a la fuerza del sol de mediodía. Mientras regaba los rosales y las cucardas, continuó pensando en ella. ¿Podía ser que, pese a su inexperiencia, ella hubiera logrado leer entre líneas y escuchar al verdadero Jaime Zegarra mientras el que Jaime Zegarra creía que era el verdadero Jaime Zegarra se entretenía creando un falso Jaime Zegarra? ¿Podía ser? Por ahora aceptemos que eso sucedió, teorizó Zegarra; pero entonces, ¿por qué diablos ella no había alterado toda la entrevista y colocado en lugar de las respuestas escuchadas las leídas entre líneas? ¿Por qué sólo había cambiado una? En ese momento, epifánica, sucedió la revelación: porque las preguntas y las respuestas en torno a la muerte eran las únicas que importaban. Porque ella definía la condición humana y reducía todo lo demás a la intrascendencia. Y porque, se dijo mientras dejaba de regar, acariciaba a Fedro e ingresaba en el escritorio, la respuesta que había entendido la entrevistadora (¡memoria, devuélveme su nombre!) era una verdad que, negada, reprimida día tras

día desde los diecinueve años—el accidente del auto que él conducía borracho aquella madrugada lluviosa, el rostro carbonizado de su hermano Eduardo, la sirena de la ambulancia en las calles vacías—, le había permitido alcanzar los cincuenta y seis.

Las campanas de la iglesia de la Recoleta anunciaron las doce. Zegarra extrajo de los estantes atiborrados de libros sus siete novelas y tres colecciones de cuentos, y los colocó sobre su mesa de trabajo, al lado del manuscrito de la novela en que se hallaba trabajando. Con el corazón en rítmico, febril avance, leyó los títulos, leyó las contratapas; se detuvo en las dedicatorias, leyó párrafos que apenas recordaba. ¿Qué escritor, pensó mirando una foto suya de juventud en el margen interior de una contratapa, había dicho que a veces era necesario escribir una novela de trescientas páginas para esconder entre éstas una frase, una sola frase de valor? Zegarra sintió que había realizado un camino paralelo pero inverso, que había escrito diez libros para que esa hemorragia incesante de frases le impidiera escribir la única frase de valor: aquella que confesaba su atroz temor a la muerte.

Y ahora qué, murmuró con melancolía. Su mirada recorrió los libros y el manuscrito en la mesa. Se desharía de ellos, decidió con una calma tan exagerada que dejaba traslucir al instante su falsedad, el vano, orgulloso

intento de un hombre por sonreír con dignidad ante la derrota. Se desharía de ellos, y renunciaría a la escritura: si el secreto había sido develado, ¿para qué continuar?

Reflexionando, Jaime Zegarra vio que aquella solución era la correcta, y entonces se acercó a los ventanales de su escritorio y los abrió de par en par después de haber descorrido las cortinas: un torrente de día penetró en la habitación. Apoyó las manos en el marco inferior de uno de los ventanales y se dejó impregnar por el profundo olor a resina que desprendía el pequeño sauce llorón del jardín. Permaneció en esa posición hasta la una de la tarde, hora en que su hijo mayor le tocó el hombro y le dijo que el almuerzo estaba servido.

Por un instante, vio en el rostro de su hijo el rostro de su hermano, y le dijo, ya voy, Eduardo. Luego el rostro se desfiguró y retornó el rostro de su hijo. Se corrigió y dijo, ya voy, Dieguito.

BIOGRAFIAS

a Adolfo Cáceres Romero

Desde niña, Renée Zamora se sintió fascinada por la figura de Valdovinos. Aún no sabía qué era la política pero ya podía percibir, desde las fotos en los periódicos, las imágenes en la televisión o la ríspida voz en la radio, el carisma del hombre alto, flaco, de lentes de armadura de carey, una pequeña cicatriz en la frente y el rostro huesudo, atravesado de determinación. Sus padres votaban siempre por él y en muchos desayunos y almuerzos los oyó hablar maravillados de sus cualidades de líder, estadista, intelectual, político insobornable, exaltado nacionalista: ésa fue la primera versión que supo de él.

Ya adolescente, en clases de historia en colegio, se enteró con pasmo de algunas acciones de Valdovinos que vinieron a contrariar la imagen que tenía de él: las traiciones que había cometido con diversos compañeros en su afán por escalar con rapidez a posiciones de jerarquía en el partido; el haber organizado un grupo de paramilitares para combatir a la oposición cuando su partido se encaramó al poder por vez primera, allá por los años 40; los millonarios negociados en que se había involucrado como ministro de economía. Le costaba integrar esas acciones ba-

jo el común denominador del hombre considerado como uno de los principales teóricos de la Revolución que había transformado por completo las estructuras del país, el hombre amado por el pueblo y respetado por sus opositores, el hombre que era un orgullo nacional y un ejemplo de civismo. Ambas versiones no podían ser ciertas a la vez, se decía Renée. Fue en ese tiempo, alrededor de los quince años, que ella adquirió el hábito de leer todos los libros y artículos en torno a Valdovinos, y de preguntar al que pudiera acerca de él. De ese modo, la heterogeneidad continuó creciendo.

Cuando terminó colegio ya Valdovinos era una obsesión para Renée. Su habitación abundaba en posters y fotos de él (una, autografiada, producto de un viaje a La Paz y una vigilia de tres días a las puertas del Palacio Quemado), su biblioteca era prácticamente monotemática (“Valdovinos y la Revolución Nacional”, “El rol de Valdovinos en la búsqueda de la identidad boliviana”, “Valdovinos y los militares: historia de una extraña amistad”, “Valdovinos el exterminador”, “El soñador del Altiplano”,...), sus escritos citaban sus frases parágrafo tras parágrafo: “Si no hacemos algo Bolivia se nos muere”; “éste es un país de vencedores”; “la solución está en nosotros mismos”; “sin ustedes yo no soy nadie”; fue esa obsesión, más que nada, que la impulsó a estudiar historia. Soñaba con es-

cribir algún día la definitiva biografía de Valdovinos, la que desprendería la realidad de la leyenda, la que revelaría sus más profundas ambiciones, lo que había de auténtico o falso detrás del caparazón de sus actos y sus frases. Aunque habría preferido que el Valdovinos de su infancia hubiera sobrevivido incólume, amaba más la verdad que las virtudes de una imagen falsa. “Soñadora con los pies en la tierra”, la llamaba su madre, vanagloriándose de haber sido de ella de quien Renée había heredado esa cualidad.

A los veinticuatro años, a menos de una semana de haber obtenido la licenciatura en historia, Renée inició oficialmente su labor; extraoficialmente, ya la había iniciado casi diez años atrás y había plasmado un primer acercamiento en su tesis de grado: las fichas que había acumulado en el tema sobrepasaban las setecientos. Lo primero que intentó fue entrevistar a Valdovinos, pero no tardó en descubrir que ello era imposible: Valdovinos se había retirado de la política dos años atrás y vivía recluso en una finca en los Yungas, con una amante venezolana y sin conceder entrevistas a nadie. Entonces, debió recurrir a políticos que habían compartido la arena nacional con él, compañeros y opositores. Habló con historiadores, escritores, científicos, militares, dirigentes sindicales, periodistas, politólogos, familiares, esposas, amigos íntimos, profesionales, obre-

ros, mineros, campesinos. Año tras año recorrió archivos privados y del estado, hemerotecas, museos y bibliotecas, y viajó a las regiones más remotas del país guiada por pistas inciertas y corazonadas de tres de la mañana; incluso, gracias al financiamiento de sus padres, viajó a Austin, donde pasó tardes y tardes en el Benson Center de la Universidad de Texas, consultando valiosos papeles oficiales que el gobierno de Bolivia ya había dado por perdidos. Así llegó a los 30 años, sin haber escrito aún una sola línea de la biografía. Había logrado separar la realidad de la leyenda, pero eso no era suficiente.

¿Por qué no podía comenzarla? Para Renée, el problema radicaba en su incapacidad para someter a una única coherencia las dispersiones que había descubierto en la realidad. Cada nuevo día le ofrecía nuevos Valdovinos, semejantes entre sí pero distintos. En la universidad le habían enseñado que con mucho trabajo de investigación, lógica, paciencia, capacidad analítica, crítica, y un agudo sentido de observación podía reconstruirse y hacerse inteligible la historia de un hombre, de una sociedad, de una civilización, incluso del universo; las respuestas a los porqués se resistían a aparecer, pero tarde o temprano lo hacían. Con Valdovinos, su queja no estribaba en la ausencia de respuestas sino en la profusión de ellas. Así, Renée se sentía parte de un territorio habita-

do nada más por ella y por un infinito número de Valdovinos.

Fue después del regreso de Texas que sus padres y amigos comenzaron a preocuparse en serio por ella. Hasta entonces, su obsesión había sido sólo objeto de bromas crueles a sus espaldas; las pesadillas recurrentes, los ataques de histeria, las noches de insomnio, el descuido de su apariencia física los motivaron a intervenir. Sugirieron que visitara un médico; no lo hizo, pero aceptó volver a vivir con sus padres. Un lapso de paz sobrevino, como el que sucede en medio de una enfermedad fatal antes del ataque definitivo. En ese periodo, Renée hizo cosas que no había hecho en más de una década: salir con hombres interesados en ella, leer los poemas de Cerruto, bañarse desnuda a la medianoche en la laguna a tres cuadras de su casa, ir a misa, comer en la madrugada api con empanadas en el mercado.

La muerte de Valdovinos interrumpió todo ello; sus padres y sus amigos temieron los alcances de su reacción; ella, por toda respuesta, se encerró aquel día en su habitación sin pronunciar una sola palabra, sin derramar una sola lágrima. A la mañana siguiente, a la misma hora en que Valdovinos era enterrado en La Paz, se dirigió a una librería y se provió de blocks de papel sábana, lapiceros y borradores. Esa tarde lluviosa inició la escritura de la biografía de Valdovinos.

Trabajó casi sin interrupciones, sin salir de la casa de sus padres más que para ir a la hemeroteca de la Casa de la Cultura o a las librerías en busca de nuevos libros acerca de Valdovinos, durante siete años. Poco a poco fue quedándose sin amigos; al final, los únicos lazos que le sobrevivían eran sus padres, que la mantenían pese al sacrificio que les significaba, y una excompañera de curso que de cuando en cuando aparecía con pasteles a la hora del té. Su aspecto físico era lamentable: la dejadez presidía sus ropas sucias, sus uñas mordidas, su cabellera castaña cortada con desdén, sus ojeras exageradas, su tez pálida, su rostro huesudo, su cuerpo esmirriado. Poco a poco, Renée se extinguía.

Una mañana, ella apareció en las oficinas de la editorial "Los Amigos del Libro" y pidió hablar con el director. Llevaba un bulto pesado entre las manos. El director la recibió; era un hombre joven, de tez morena y profuso pelo negro que, sin mirarla, mientras revisaba el balance del mes, le preguntó en qué la podía ayudar. Ella depositó el bulto sobre su mesa. el director interrumpió su labor, la miró. Qué es, preguntó. Ella, mordiéndose las uñas, le explicó. Eran nueve manuscritos. Eran nueve biografías que ella había escrito. ¿Nueve copias de una biografía?, interrogó el director. No; nueve biografías diferentes. ¿De nueve personas diferentes? No; todas eran biografías de Raúl Valdovinos. El

encendió su pipa y, después de la primera bocanada, los rasgos de su rostro sin poder todavía difuminar la sorpresa, dijo que no entendía. No entiendo, dijo dos veces más. Al mismo tiempo, reparó por primera vez en el rostro deteriorado, el desamparo en los ojos, el descuido en las ropas.

Ella intentó una explicación, pero no lo hizo en forma fluida ni con claridad. Entre balbuceos, palabras entrecortadas y frases inconclusas, el director dedujo que ella creía que Raúl Valdovinos había sido una figura tan fascinante, compleja y contradictoria, que cada uno de sus actos e ideas podía ser interpretado de múltiples maneras: Valdovinos el corrupto, Valdovinos el incorruptible, Valdovinos el ferviente nacionalista, Valdovinos el traidor, Valdovinos el revolucionario, Valdovinos el conservador, Valdovinos el hombre del pueblo, Valdovinos el defensor de los privilegios de la élite... Ella había intentado domesticar la multitud, ampararla bajo el carácter de un solo Valdovinos, pero había fracasado en el intento. Al final, había decidido interpretar los hechos de todas las formas posibles y escribir todas las biografías posibles a que ello diera lugar.

El director la escuchó con atención; luego, le pidió que escogiera, entre las nueve biografías, la que le pareciera mejor, que la haría leer y vería si era o no digna de publicación. Renée hizo un rostro de furia y alzó

la voz: esto no era una lotería, las nueve biografías merecían ser publicadas, ya se arrepentiría de su estupidez. Alzó el bulto de la mesa, lo apretó contra su cuerpo, salió dando un portazo. Gente rara, dijo el director y retornó a la revisión del balance.

Después de aquel incidente la reclusión de Renée se tornó más extrema: dejó de recibir a su única amiga, redujo las conversaciones con sus padres a diálogos monosilábicos, y no volvió a abandonar su habitación más que por exclusivas razones de alimentación e higiene, ambas actividades practicadas en forma mínima y discontinua. Vivió así durante cuatro años, hasta el día en que se cortó las venas y se derrumbó para siempre sobre su escritorio y la sangre incesante manchó las páginas pulcras del manuscrito que no había logrado finalizar, la biografía número trece del hombre alto, flaco, de voz ríspida y una pequeña cicatriz en la frente.



3 9001 03446 2948

La presente edición se terminó de imprimir en
agosto de 1994, en los Talleres Gráficos de
COLOR GRAF RODRIGUEZ,
en la ciudad de Cochabamba, Bolivia.



Dirección Ayopaya O-730
entre Av. de la Fuerza Aérea. Telf. 28515

“... los relatos y cuentos breves de Paz Soldán nos ofrecen, en general, un mínimo contextual, casi siempre marcado de cotidianeidad, donde los protagonistas, a menudo también narradores, experimentan una mínima pero inquietante alteración o sorpresa u olvidada reiteración..., dejando, sin embargo, en los protagonistas, narradores y lectores el esquivo eco connotativo de su imperceptible paso. Estas efímeras nominaciones no contradicen, pese a las apariencias, a aquellos otros —pocos— textos que, a la manera de las historias de Poe, insisten en obsesiones, desquicios o pérdidas de sentido y donde lo fantástico es más cotidiano que extraño ...”.

Edmundo Paz Soldán (Bolivia 1967). Ha publicado los libros *Máscaras de la Nada* (Cuentos, 1990), *Días de papel* (Novela, 1991), *Desapariciones* (Cuentos. Finalista “Letras de Oro” de la Universidad de Miami, 1994).

Luis H. Antezana